

de evitar un arremango despectivo de nariz, desencantada después de tantas dilaciones, preguntó secándose la nariz en la manga - ¿qué pasa, está mal?

-No entiendo mucho - que la tranquilicé pues como pu de - pero a mí me parece nada más una cosa absurda que ni mata ni espanta.

-Pues, ieso sí que es frustrante! - y se pasó la mano por el pelo en maraña entre cavilosa y resignada.

Yo ahora seguía allí quieta y con las piernas cruzadas lo mismo que todo el resto de la tarde y miraba sin pasión ni guna los naipes que me habían tocado sin saber qué podía haber hecho con ellos. Los barajaba, boca abajo, eso sí; pensaba, re cordaba.

Me sacó de mi ensimismamiento un quejumbroso "aaaaay" que me llegó desde su garganta seguido sin lapso ni intervalo de un prodigiosamente placentero "aaaaaaahhhh" rematado por:

-¡Es maravilloso lo nada pero nada que me duelen ni la nariz ni la barbilla ni los dientes! - y su tono de complacencia era del todo satisfactorio.

-¿Y? - y alzando la cabeza vi en su cara una sonrisa dulce de verdad.

-¿Y? - repitió sin mirarme -, ¡y!; pues que el resto de la cabeza me duele todo.

Y se puso de pie de un salto y buscó un kleenex y se sonó con ganas y me sugirió que se arreglaba un poco en un momento y salíamos aunque nada más fuera a dar una vuelta a la manzana y que luego me acompañaba a encontrar un taxi y dije "bueno". Y cuando ya se iba para el cuarto de baño, a mitad del camino, se volvió y dijo:

-Diez mil. doscientos cincuenta y tres o tal vez en realidad hubiera debido poner cero...como no había vez ninguna. ¿Qué te parece a tí?

Y se alejó tarareando una pieza clásica que yo confun

do siempre.

"-Y que la esperó allí, sentada en el suelo, me dijo - dice, y como pienso que el me dijo le corresponde al él doy en dar por hecho que le piensa y yo trato de imaginarlo también, de dibujarle unas facciones y unos rasgos, una forma de estar que nada más puedo concebir basándome en qué tipo de hombre y en virtud de lo que en el interior de mi cabeza está configurado como lo que habitualmente se denomina hacer buena pareja pueda ser el más idóneo para ella, con sus zapatos altos, con su vestido elegante pero sobrio, con sus perlas...-, echando cuenta en su recuerdo ella y recorriendo diferentes momentos de que ese tipo de apreciaciones y de juicios suyos, tan siempre en los extremos, tan en el todo incólume o en la completa nada, tan con tantos giros y virajes es lo que siempre ha arruinado el esplendor de sus momentos de contento y la nítida y entera opacidad de sus ratos más lóbregos que, por causa de tales ramalazos, nunca pueden en ella alcanzar a ser del todo plenos abocándola así a verse privada del logro del total absoluto que es su obsesión eterna - con sus perlas y con su saber estar en el que parece que nació ya instalada porque no la he visto jamás perder la compostura, ¡nunca!, nunca jamás y la conozco de toda la vida...de casi toda, claro, pero que la conozco y sé bien que ella, su yo, su estar no se extrapolan nunca, nunca su corazón y su cabeza se desentienden enteramente uno del otro como para llegar a serse extraños ni se aproximan lo suficiente como para poder terminar a guantazos y así ya se puede ser feliz le reprocho a veces, en silencio desde luego, y no sin rabia".

Porque esas actitudes eran para con todo - mírala, otra vez ella -; por alguna fatalidad impresa en su alma sepa Dios si desde siempre no había posibilidad de que el fluir cotidiano de la vida no la ahogase - "a tí no (que por qué a veces me pondré rencorosa), a tí no te ahoga nada" -, que el casi im

perceptible vaivén de los instantes...porque...¿o no es verdad? ...de una fracción de segundo a la siguiente casi todo es prácticamente idéntico y grandes sacudidas del nacimiento hasta la muerte ¿cuántas pueden darse?...tres, cuatro, media docena...a veces ninguna...esas mínimas oscilaciones habituales tan parecidas al mecer de las aguas de un lago se transformaban para ella, sin saber ni cómo, en procelosísimas olas de mar encabritado que irremisiblemente iban a derribarla por más que ella pretendiera, y bien que se afanaba, nadar con su bracear agarrotado, torpe, innecesario, abriendo la boca a destiempo siempre - otra vez ella arrogándose el papel de la comprensiva, de la buena; metiéndose en su piel como si no supiera una que algo dolida tiene que estar por fuerza...¡un hombre tan atractivísimo! - y mira que intenté metérselo en la cabeza cantidad de veces, hacérselo entender.

Porque en eso se basó siempre nuestra amistad, relación, llámalo como quieras - que decía, ella, él -. Pero y que conste, y eso por descontado, que lo que yo pretendía con mis palabras - porque dialogábamos mucho, que decía, no creas, no vayas a pensar que todas nuestras tardes fueron como estaba siendo aquella con ella largando sin freno y yo como podía subiéndome a su carro y volviendo a caerme porque, que decía, dice, a tramos, que tiraba de ella el propio carro suyo, su propia historia simple pero ineludiblemente suya -, a lo que yo aspiraba no era a darle soluciones incostetables y rotundas que tampoco tenía; aspiraba tan sólo a ayudarla en mi pobre medida, a acertar a dejar caer sobre su espíritu atribulado unas gotitas de sosiego. Pero, ¿sabes qué conseguía - mirándome a mí ahora como yo supongo ella imagina que lo miraba a él esa otra ella, la rival que yo llamo, y que es una mirada, y eso y tengo que reconocerlo aunque me duela porque me desconcierta, enteramente cálida, serena, que acepta sin resquemor y de buen grado -; cuánto era mi éxito?, pues casi ninguno casi siempre.

No es que me humillara mi fracaso - se mueve sin parar yendo y viniendo, manoteando en el aire representando a la sentada en el suelo que ahora en algún lugar le está diciendo a él sabes que tengo; sin mirarme, que sus ojos se han posado en mí sólo un instante y los aparta tan rápido que no alcanza a ver en los míos que me estoy sintiendo culpable y mezquina -; sabes que tengo bastante buen perder y más teniendo en cuenta que las derrotas que al remate sufrían mis voluntariosos razonamientos no provenían del rechazo de ella - y yo hubiera querido detener la aquí por preguntarle "¿es de verdad, es de verdad que nunca has tenido el pensamiento de que en ocasiones, en ocasiones aun que sólo fuera, haya yo podido sentir por tí rechazo?, pero me vi obligada a contenerme porque cómo explicarle -, ni de encono alguno por su parte por tirármelos por tierra después de haber puesto yo en jaque todos mis recursos y habilidades dialécticas, que hasta podía percibir cómo los sesos se me estaban licuando del esfuerzo.

No, no era contrariedad ni ninguna vanidad herida lo que me dejaba desarmada; eran perplejidad y maravilla lo que me abría la boca entontinada al contemplar cómo la parte huidiza de su mente se había zafado de todos mis agónicos afanes por forjar unas imágenes que tratar de mostrarle - además, me dije, ¿qué sabré yo?. Lo mismo tampoco es para tanto y un señor corrientito y sin más - para ir a quedarse prendida en la cháchara hueca de la señora gorda de la mesa contigua...que estábamos, que era una tarde, ahora te estoy hablando de otra tarde, en una cafetería y, en la mesa de al lado, delante de un par de tortitas con sirope y mucha nata exultantes ellas frente a su a todas luces apabullante triunfo contra un desguarnillado té con sacarina que sabedor de sus nulas posibilidades en combate tan desigual había hacía ya rato tirado la toalla y se abrazaba sudoroso y exhausto a las exiguas caderas de una rodaja de limón apática, una señora gorda...

"-Un momento, un momento, un momento - protesto - esa frase, así, todo seguido y tan rebuscada...

"-Sí - dice -, es que no lo ha explicado todavía; ella siempre decía que ella la enseñó a hablar...bueno, a detenerse un poco en la retórica, a dejarse llevar por los juegos de palabras...aunque a veces podía reconocer que se pasaba, claro. Pero en esta ocasión parece ser que lo hizo por rendir un pequeño homenaje a su amiga bien amada.

"Y como me pareció que me miraba con una cierta suspicia me apresuré a declarar:

"-También tú eres mi amiga bien amada -. Que no se si venía del todo a cuento; pero tenía ganas de decirlo, por descargar mi conciencia, tal vez. Y ella contestó ya lo sabía y continuó con lo que estaba":

Una señora gorda, amontonando un buen pegotón de nata sobre su tenedor con deleite, se dolía a una amiga contristada:

-Imagínate; todo pagado ya y va y dice que no aguantará todo un curso allí y que zurzan al master, después de haber sacrificado las vacaciones y postergar, incluso, el arreglo de la cocina que tantísima ilusión me hacía. Te digo de verdad que son desesperantes.

Y con un respingo como regresando de otro mundo cuando la señora engulló con refocilona compunción su paletada me miró echando chispas por los ojos y dijo, con mucho ardor y mucho fuego y absolutamente transportada: "Quiero conocer a esa señora, ser su amiga; quiero volver a verla cuando en su cocina resplandezcan azulejos nuevos y una pila de fregar distinta. Necesito saber que es inmensamente feliz una vez satisfechas sus aspiraciones, colmadas sus ambiciones, vitrificados sus sueños de diseño realizados en esa porcelana tan bonita de anuncio, ¡que entonces habré comprendido el Universo!". Dijo.

"Y que suspiró".

Le tuve que rogar absolutamente volada que hiciera el

favor de calmarse y pedir al camarero que trajese una valeriana bien cargada. Así funciona su cabeza - dice, sin marcar apenas una pausa porque ahora ha parecido entrarle prisa, lleva toda la tarde hablando sin parar y de repente como que es muy importante dar fin a esta historia - que a renglón seguido de episodios se mejantes se queda sumida en profundísimas cavilaciones en torno del ser y la nada dando vueltas y venga a enigmas de la magnitud de "¿de qué substancia está hecha el alma humana?" de manera que me agota y me destroza los nervios porque le digo como la cosa más natural del mundo "oye, ¿y yo que sé?" y entonces ya sí que se pone del todo de uñas, proclamando con gran despliegue de fuerza dramática que es que conmigo no se puede hablar de nada; y yo tengo que conformarme con respirar hondo, y solicitar procurando que no me tiemblen ni la voz ni las manos "un vaso de agua, si es tan amable" y mirar con rencor y de soslayo a la pobre señora inocente que, tan sencilla, se ha zampado mi baza.

"-A raíz de la tarde de aquella vamos a llamarle pala-
bra abrupta y de los naipes estuvimos - y aquí sé que he dado un ligero respingo porque esperaba un estuvieron, que ella había salido del salón sin hacer ruido...en realidad me di cuenta de que ya no estaba no porque hubiese dejado de oírla sino porque miré la línea de su camino recto por el que con tanto cuidado antes pisara y vi que sus zapatos de tacón la habían abandonado y por eso, tal vez, me pilló desprevenida el ver que volvía a instalarse exactamente en un punto que a decir verdad no estaba en ninguna parte o no al menos en algún sitio fuera de su cabeza, donde yo lo vi; y ella, al notar la leve sacudida de mis hombros pregunto ¿qué, tienes frío?, y le dije que no y, como si en ningún momento hubiera hecho alto alguno, se dejó caer sobre el asiento y siguió - algún tiempo sin vernos".

Semanas quizá; porque nuestra intimidad fue siempre un tanto extraña. Tiene una fatídica habilidad para establecer lazos atípicos en los que jamás resulta fácil acercarse del todo

ni alejarse por completo.

"Ah, mira, tonta - me dije - es que está hablando de sí misma; de sí misma y su relación con él que ciertamente debe de ser extraña, que jamás en la vida lo he visto...oh, sí, anda atareado siempre, de acá para allá, pero aun así..."

Tener con ella discusiones - ¡vaya por Dios, no era de él!, rectifiqué mi juicio - o diferencias de índole práctica ha sido imposible de toda la vida, por causa de una algo así como ausencia con que contempla - ¡ya lo tengo: es él; ahora es él hablando de "ella"! - los aspectos inmediatos de la cotidianidad. Más valía que jamás intentaras mantener con ella un intercambio de pareceres acerca de moda, decoración, precios de cualesquiera artículos - ¡maldición; los hombres no hablan de esas cosas! -, estilos de peinado, que bostezaría ostensiblemente mirando a cualquier lado y no quisieras hacerla partícipe, tampoco, de dimes y diretes de esos que tan muellemente dejan pasar el tiempo. Y para qué hablar de su rotunda negativa a mencionar, ni tan sólo de pasada, qué móviles la inducen a soslayar el análisis de su actitud en el fondo tan contradictoria; contradictoria cuando a la hora de la verdad, y la hora de la verdad resultaba presentarse a cada paso, la desesperaban y sacaban de quicio insignificancias como la que te acabo de referir.

"Son ellas. Concluí".

Por otra parte nuestros mundos eran muy diferentes y el roce continuo y obligado impone una cadencia que en el caso nuestro no se daba. No teníamos profesiones similares - claro que no eres tú, me callé, que has vivido siempre de las rentas -, ni horarios paralelos, ni lugares comunes a menos que los concertásemos; ni hijos de los que despotricar ni cuñadas a las que despellejar, aunque ella pienso que de cualquier manera nunca lo hubiera hecho y sí creo en cambio, de mí misma, que sí.

El mundo suyo era si quieres más cerrado, un ambiente burocrático y de papeleo donde el ajeno no está pintando nada en

tanto el mundo mío era un mundo abierto, público, no sé cómo llamarlo

-¡Trampas!, eso que estás haciendo se llama exactamente trampas.

-¡Trampas yo, pero querida si...

-¡Ella...pobrecita, si apenas sabe distinguir las figuras!

-Ah, ¿no sabe?. Pues yo también he visto que sacaba la lengua.

-¿La lengua. Hacia la derecha o hacia la izquierda?

-Hacia la derecha.

-Hacia la izquierda.

-Poneros de acuerdo...

-Infundios. El único par que queda por salir lo llevo yo...

-¡Maldita sea!, para una baza que podíamos ganar tienes que irte de la lengua.

-Si lo sé no vengo.

un mundo del todo accesible consistente precisamente en eso, en ser accedido, frecuentado; un mundo despacioso y de holganza por el que ella no se tomó nunca la molestia de aunque hubiera nada más sido entreabrir un poco la puerta y asomar la cabeza, que no voy a decir adentrarse en él y llegar hasta la cocina o darse un garbeo por entre los clientes...por no decir nada de sentarse ella misma a una mesa; yo hubiera incluso podido hacer las presentaciones con algunos de los antiguos que conozco de décadas y nos llevamos como hermanos y la hubieran tratado con todo agasajo, pero declinó implacable...y echarse al colete un cubata o, como yo le dije "un dry martini o un coctel de champan, que esos son más elegantes y no desmerecerían nada de tu severo continente", pero ella que no y que no y que no quería ni una palabra más tocante al tema.

Sin embargo sí que me había ayudado una barbaridad al

principio, cuando yo era una advenediza en la gran orbe y no conocía nada del mundo; porque ella, que se aturulló tanto siempre con el Universo y la existencia y lo trascendental y todo eso era un verdadero lince a la hora de conceptualizar globalidades y, si bien del lugar propiamente no quiso, ya te digo, saber lo que se dice nada, se desvivió porque yo diera con la fórmula para desenvolverme con destreza.

Pero el sitio ni verlo.

-¿Nunca?

-No, jamás me ha llevado.

-¡Cielos!, ¿y no sientes curiosidad?

-No.

-No. Si ¿qué puede ser?, un lugar de trabajo como otro cualquiera.

-"Como otro cualquiera", no.

-Bah. Todos los talleres son iguales.

-No es un taller.

-Pues un laboratorio.

-Tampoco.

-Bueno, vale. ¿A quién toca?

Y al principio es cierto que hubiera podido tener razón ella, que tampoco es que vaya yo a negarlo; que hasta a mí se me cayeron los palos del sombrero y el alma a los pies cuando los puse allí dentro de mis zapatos nuevos que un poco me apretaban pero, yo siempre lo tuve entendido así, para ir a solicitar empleo iba a ayudarme mucho el presentarme muy correctamente, con mi traje chaqueta gris marengo y el camafeo en el cuello.

La culpa la tuvo exactamente el nombre que me indujo al error: El Paraíso Azul. Y para nada se me pasó por la cabeza que semejante denominación pudiera estar encerrando además de pretensiones equívocas una horterada de glamur macarra.

No. No. Miré extasiada el letrero, un poco cascarrioso y desteñido sí pero preciosísimo con mucho ringorrango de letras

afiligranadas y con la boca abierta...porque quedaba en alto y la acera es estrecha, y un caballero ataviado con mono azul que sentado en su zanja del gas comía bocadillo de atún y jugaba al mus con otros señores rascándose la barriga peluda me dijo que el convento de las ursulinas quedaba siete portales más abajo... leí "El Paraíso Azul" y lo fantaseé de un plumazo en una imagen rápida: paraíso como el Paraíso Terrenal y azul como el cielo azul y me pareció muy bien y se me antojó espacioso y lleno de luz y oliendo que daba gusto a efluvios divinísimos.

Una vez estuve dentro no pude darme cuenta en seguida de que azul no era ni hacerme una sucinta idea acerca de de qué color en realidad sería, a la vista de que a la hética luz que sin largueza alguna prodigaban unas zarrapastrosas pantallitas dispersas colegí que hasta que la pupila se adaptase mi único guía iba a ser el olfato. Y el olfato sí que se mostró solícito, que no obstante la penumbra se aprestó diligente a mis narices... un poco ácido, puntualizando...dando a entender parco en palabras sugerencias atelarañadas y mohosas y quintaesenciadas mixturas de gloriosa destilación de humores varios y esencias distintas y densidades bien diversas alambicadas sin duda a base de mucho tiempo y apremios innumerables. Esto lo aprendí a decir tan historiado cuando, de forma infinitamente más burda, se lo conté a ella, que me lo dio color.

"Ya me había olido a mí a homenaje retórico a amiga bien amada".

Podía salir huyendo despavorida o desmayarme allí mismo, que me venía fatal, porque entonces el gerente tendría que sacarme inconsciente y me iban a ver los del mono y se reirían diciéndome que ya lo sabían ellos; y me daba vergüenza y decidí que no.

Acaricié la idea de agarrarme un berrinche de pronóstico y berrear que no hay derecho y "yo soy una señora decente" pero consideré en seguida que no venía a cuento para nada, que

aquel señor trajeado y regordete no entendería qué quiere decir decente pero sí se percataría de inmediato de que yo era una par
dilla histérica.

Resolví por tanto que lo más inteligente iba a ser to
márselo con aplomo y sin aspavientos si bien para la calma no
había espacio, que no sacaba yo arrestos para refugiarme en cal
ma ninguna agobiada como estaba de no tener dónde dar con mis
huesos y sin nada que comer y con lo puesto aunque, por dignidad,
a ella le había hecho creer que visitaba la capital por el mero
capricho de ver exposiciones y que estaba hospedada en un hotel
del centro que en realidad era una pensión de las afueras, y cas
posa, y con dinero para no más de un par de días, tres si acaso.

Así que, eso, me lo tomé con calma y dedicando al ge
rente una mirada altiva, como de reina a vasallo, demandé:

-Le agradeceré me dispense la gentileza de mostrarme
el piano. Si no le es mayor molestia.

Que parecía el hombrecillo bastante absorto en mi reca
to y en mi camafeo y en mi falda recta por debajo de la rodilla
aunque, ya un poco dominando el medio, pude atrapar una oscura
mirada también a mis caderas.

Supe de sobra que resultó engolado y que mi tono hubiera
sido, así como tan de institutriz, más propio para una de esas
películas antiguas de ambiente británico; nada en mi estar enca
jaba con el ambiente del lugar, pero su resultado sí que dio,
que el hombrecillo se irguió y desapareció de sus mofletes la
sonrisa meliflua, y dijo "sígame" y pude yo leer en su cogote
brillante y sonrosado como culo de niño de anuncio igual que en
un libro abierto que nunca pero nunca cometería él la imprudencia
de caer en la tentación de intentar él pellizcar el culo mío
y eso me dio un punto de tranquilidad muy favorable.

Ah. No, claro que no. Ya sé que cuando esto mismo te
lo conté hace ya tiempo quedó mucho más deslucido. Ni punto de
comparación; ya me doy cuenta. Por eso es que he querido repetírla

telo de nuevo ahora que ella se ha soltado en temas delicados y me dice "hay que ver hija mía con qué sosería cuentas las cosas" y me lo adereza todo, me lo da brillo con comentarios breves, incorporando a la realidad la luminosidad que un pintor conferiría a su obra aplicando leves e imperceptibles pinceladas sobre el lienzo. Si yo te lo estuviera contando con mis palabras, natas y netas, te diría que estaba allí de pie muy envarada y que miraba a aquel sujeto con cara de mucho susto y pensando que en cualquier momento no iba a quedarme más remedio que propinarle un silletazo en la cabeza tan pronto amagase el más pequeño ademán dudoso de echar mano donde no debía; y que lo que de verdad dije fue "¿y el piano dónde está?", que queda más rústico, te percatas, ¿no es cierto?. Y que al tiempo que el hombre me miraba, te habría dicho...y que seguro que no era a mis redondeces, que no son tampoco para tanto...me mantenía a la expectativa de enaltecer mi honra; y que a cada gesto del sujeto aquel me retiraba un paso hacia atrás en ese dengue desconfiado y melindroso con que las provincianas hacemos alarde, auspiciadas por nuestra educación severa y cuanto más ostensible mejor no sólo hay que ser decente sino parecerlo de nuestra buena crianza; y te confesaría que lo que de verdad el señor gordito me mostraba en su calva, y con letras bien grandes y de palo, era:

-¿Qué se habrá creído esta palurda?

Eso es, letra por letra, lo que leí y si he querido referírtelo así, como propiamente no puedo recordarlo porque no es verdad que sucediera ha sido nada más porque, en ésta, la versión de ella, salgo más alta y más guapa y con unas caderas mucho más sensuales que las de mi propia carne y mi auténtico hueso y mi ya por entonces promisorio celulitis...aunque poca, tampoco vayas tú a creer...y con mucho más mundo del que de verdad tengo y menos aún entonces con más de una veintena de años menos; y pareciendo de mejor familia...bueno, venida a menos...una de esas familias de mucho abolengo, y muy rancio...esos abolengos que me gust

tan a mí y que ni tengo ni hubiera podido aparentar en la versión auténtica, la mía, en la que no lograría ocultar a nadie que, pudiendo parecer lo que parezca, si escarbas con la uña verás aflorar la clase media, a la que pertenezco - y aquí ella, dedicando a su acuarela una mirada afectuosa que me afianza en la teoría de que es buena, comenta "abolengo no, desde luego, pero sí una posición muy desahogada; burgueses con pasta" y yo, aunque me callo, pienso pues tampoco está mal; que yo ni eso -. Y, bueno, conclusión ...volviendo al tema...que me quedé, que no hay tantos locales con piano y eso era lo único que yo había aprendido a hacer si bien, y para colmo, había ido perdiendo casi toda la práctica a lo largo de doce años de vida doméstica en los que había centrado mis afanes en ser la respetable esposa de un notario y una madre modelo...Pero, en otro momento te hablaré de ello.

Me quedé aunque sí tengo claro que a ella le comenté

-No encajo

y que ella contestó, mirándome de arriba abajo, entornando los ojos como si estuviera echándome las medidas de un traje

-Pues, puestos a no encajar, pudiera venir a ser lo más airoso desencajar del todo

porque ocurre a veces que ella tiene una facilidad prodigiosa para desvirtuar la realidad sin atender a congruencias y puede terminar por darle giros admirables. E insistió en llevarme a una modista maravillosa amiga suya. Sí, me llevó, yo dije no pero ella dijo sí sí y me llevó; y cuando ya estamos allí le dice eligiendo unas sedas divinas

-Es que va a dar un concierto

Y la otra exclama

-¡Ah!, ¿sí? - mirándome como si no pudiera creérselo -, ¿dónde?

y yo espantada y con la sangre como cubitos en las venas y las manos sudando porque digo ahora va y dice pues oye mira voy y una pepeleta peliaguda y un bochorno horroroso pero, ella, que

de reojo vio mi apuro, sin achantarse nada sale al paso con

-Lejos - y con el revés de su mano dio al aire dos golpes tan rotundos hacia afuera que me asustó pensar si no sería tentar a la suerte estar exagerando tanto -, en el extranjero.

Y toda la angustia se me esfumó de golpe cuando vi la cara de la otra contemplando absorta los dedos de ella y me invadió todo el sistema circulatorio una reconfortante oleada de alivio al ver cómo la modista veía desfilar ante sus asombrados ojos unos paisajes increíbles con la boca abierta y exotiquísimos que hasta los empastes se veían que yo no había imaginado jamás en parte alguna ni soñado que pudieran existir salvo en los prospectos que exhiben los escaparates de las agencias de viajes y todo allí negros y geisas y faquires y bramanes y rascacielos y pagodas y el Ganges y la torre de Londres y el Empire State y el Amazonas y el Oriente Expres y 2001 una odisea del espacio porque yo estaba desaforadita ya que no había quien me frenara y pues allí todo lo ancho y lo largo del vasto mundo en la punta ovalada de sus uñas pintadas que después de sobrevolar océanos y desiertos y muchas montañas muy rocosas habían venido a aterrizar sobre una revista toda abarrotada de vestidos de ensueño y señalando con la del índice un figurín de traje de noche de perder el conocimiento de bonito que era y según respiraba yo hondo y me secaba las palmas con disimulo estaba ella diciendo

-Éste, mira, ¿te gusta?

y con un ojo yo lo miraba arrobada y con el otro atendía por no romperme las crisma a las escallerillas de un avión que allí mismo dentro de mi cabeza acababa justo de aterrizar allende los mares y yo descendía con una gracia y una soltura y un encanto insólitos y unas personas muy amables me prodigaban sonrisas y me entregaban un ramo de flores que yo no las había visto antes nunca porque eran de otras latitudes muy remotas y:

-Sí, es de auténtica fábula - dije. Absolutamente encantada...ella, que ha permanecido quieta, muy derecha, parada y

con los pies muy juntos dentro de sus tacones tan altos y tan finos sobre un punto concreto e invisible de su camino recto y sin parar de dar vueltas en torno a su cuello al hilo de sus perlas. Y yo me digo ahora, ahora sacudirá la cabeza como cuando se regresa de una duermevela y hablará de otra cosa porque siempre pasa, que las personas por más habladoras que sean parecen llevar en el interior de su consciencia un resorte que en algún momento se dispara y les permite asir la noción de la medida. Pero ella no, que justo con su última palabra descruce las piernas y los brazos, que llevaba no sé cuánto tiempo sin moverme, e inicié el gesto de ir a ponerme en pie pero hube de desistir, y no lo negaré, con desaliento, porque tras una brevísima pausa que nada más le alcanzó para soltar las perlas prosiguió:

La lástima es que estos destellos de tirar para adelante nada más le saltan cuando los resultados van a ir a redundar en beneficio de situaciones en las que ella, al fin y al cabo, ni entra ni sale, como suele decirse, ni tiene nada que ganar o perder. Que nunca la he visto irradiar lucimiento de ninguna clase cuando la que tiene que verse liberada de una angustia es justamente ella; en tales casos asevera con una certeza que no deja lugar a apelación - y si la tal apelación se cuela ella, dice, la desaloja de un manotazo al aire y sin contemplaciones, agitando la mano suya...pero ella no tiene las manos bonitas, casi nunca las ha empleado en tareas duras, y tampoco blandas, pero bonitas no las tiene...en el aire también - y una congoja que te puede medio partir el alma y ganas te dan de decirle, aunque sea mintiendo un poco, mujer, no es para tanto, que ella es un absoluto desastre.

"Soy un absoluto desastre - dice que dice -, un estúpido ser inadaptado que no sabe vivir, una cosa tan fácil, que nada más consiste en levantarte por las mañanas, quitarte las legañas, tomarte un café, luego te duchas, atiendes tus obligaciones, vas, vienes, comes, llevas un traje al tinte, te compras

una lechuga...oye, por cierto (haciendo un inciso porque sus dis cursos, se detiene a decir que le dijo haciendo un alto, y sobre todo los melancólicos están llenos de incisos), recuérdame que compre una lechuga que no tengo ni una vitamina en la nevera... luego bregas con todas las piojerías casposas que exige el guión de la rutina o te enfrentas a las contingencias de lo imprevisto; y te cruzas con malas caras, con entrecejos atribulados, con amas de casa frustradas, con niños receptores de mensajes subliminales que les advierten que si de mayores no piensan ser ejecutivos agresivos ya pueden ir enganchándose a la droga y con niñas per suadidas de que si no se acuestan con todos los chicos de su co legio y con los de otros colegios del barrio serán señaladas con el dedo y públicamente lapidadas, escarnecidas. Y todo eso es perfecto y envidiable - que dice -, no me digas que no, que no hay más que verlos: seguros de sí mismos y ambiciosos, atentos a que su tesoro de ataduras no se reduzca ni en un ápice, y, maña na, sueñan, iun poco más esclavos y un poco más mezquinos y un poco más miserables y un poco más soberbios! y tan ricamente y se acuestan felices y orgullosos de sus metas; y, yo, en cambio, oye - se lamenta...pero con la voz bastante aséptica de ésta que, sí, acento poco pero también poquito del desgarró que sabe mos echar a las soflamas los de aquí, nosotros, tan pasionales -, que no lo sé hacer una cosa tan simple que cualquier chupatin tas, y cualquier ratero, y cualquier anunciante de productos mila gro, y cualquier ejecutivo, y cualquier imbécil, y cualquier eco nomista, y directores de banco, y anorexicas, y ministros, y bu límicas, y familiares de parientes lejanos que todos los días puedes verlos por la televisión buscando sus raíces, y parlamen tarios y los famosos y todas esas personas que en realidad nadie sabe quiénes son ni se tiene el más leve indicio de que sepan hacer otra cosa que retratarse para salir en las revistas hasta resultar imprescindibles y...en fin, todos, todos saben hacerlo y yo no, yo no y me acuesto agotada cada noche y sin poder concí

liar el sueño y preguntándome, inquieta, desasosegada, abrumada por la incógnita: en qué fallo, qué es lo que estoy haciendo mal, ¿cual es mi error? me digo - que dice, dice, y si no le contesto pues hija ninguno, que tampoco hay que agobiarse y es que la gracia meridional sólo la tenemos los meridionales es porque no quiero yo meter la pata como me sé tan mal el mapa y del firmamento ni pío, que lo mismo es también meridional ella aunque sea de otro sitio -, y me levanto por la mañana hecha unos verdaderos zorros, de verdad, y me tomo mi café y me acerco al espejo a quitarme las legañas y entonces me veo, tan absurda y tan estúpida y tan mema que me aborrezco y me reprendo y me impreco es que eres una calamidad absoluta y una desgracia y una maldición para tus congéneres. Eso me digo".

Eso dice.

Y yo he terminado lo que se dice hecha trizas.

Pero, ya te digo, cuando no se trata - tan fresquita - de amargarse su propia vida, para las cosas que no tienen nada que ver con ella misma, tiene una visión...para los negocios, por ejemplo...portentosa pero portentosa. No te digo más que, y puede de lo mismo parecer mentira pero aquí estoy yo para atestiguar que así fue, a cuenta de su inspiración de empujarme a debutar en el night - porque que entre los que ella llamaba los de casa le llamaban siempre el night para abreviar - en aquel atuendo de reina, el ambiente del lugar fue ya no sé concretar si poco a poco o rápidamente cambiando pero al final es totalmente distinto, espacioso, bien iluminado, acogedor, selecto, que nada más acuden allí almas exquisitas y con clase, de esas que se nota nada más verlas que han sido sensibles de toda la vida, personas bien tan de tan antiguo que no han tenido que valerse de añagazas sórdidas ni de subterfugios inconfesables para ser lo que son y estar donde están, seres privilegiados que jamás han tenido que trepar arrastrándose sobre sus barrigas y eso se nota, que en la vida han tenido necesidad de pisar el cuello a nadie y eso confie

re respetabilidad, que jamás han suplicado y eso imprime dignidad; un clima fabuloso, en suma, sin omitir que en lo tocante a lo que se llama propiamente arte es hoy por hoy...ha pasado mucho tiempo, ya te dije, y aquel gerente untuoso desapareció hace milenios y ahora lo regenta un oriundo de no sé qué país hermano que es correcto y amabilísimo y un señor, que ese sí que es un señor, de la cabeza a los pies...uno de los salones musicales mas acreditados y prestigiosos de la ciudad.

Pero, ella, te iba diciendo - a mí me va a dar un re pente y lo mismo me subo a la lámpara, que me conozco yo y me temo; pero ella ni percatarse: va embalada -, no quiso conocerlo nunca porque dice que siempre la sobrecoge mucho y que le llega a colocar como un nudo en el centro del pecho que incluso le dificulta el respirar ver tantas caras concentradas en un espacio cuyo entorno y circunstancias pueden estar alentando la irrealizable suposición de unificar, de hacerte caer en el error de imaginar que puedes trazar una raya, una linea divisoria y decir de aquí para acá todo es lo mismo y puedo medirlo con el mismo rase-ro; que que sí, que todas aquellas caras están allí y quienes las llevan puestas haciendo todos lo mismo, pero que un rato después se marcharán llevándose cada uno bajo su propia piel y tras los ojos todo ese cúmulo de dignidades y miserias y atrocidades y vergüenzas que el ser humano se ve forzado a arrastrar consigo y desde lo más profundo de su esencia vaya donde vaya y esté donde esté y que ella no quiere ser injusta para con los justos ni aquiescente para con los despreciables que, se pregunta, cómo los va ella a saber diferenciar.

-Y mientras hablaba, en tono lento y quedo - que era una tarde de abril lluviosa y estábamos, que dijo "y yo me dije estábamos quiénes, ella y él o las dos ellas", como tantas veces, en su habitación - pasaba distraída las páginas del periódico que había comprado aquella mañana y hacía algún comentario aislado referente a lo primero con que le tropezaba la mirada o...

porque su interés por la actualidad siempre fue arbitrario, ¿sabes?, podía discutir acaloradamente y disponiendo de muy pocos elementos de juicio acerca de un tema cualquiera en tanto que otros muchos asuntos, no menos importantes y que levantaban ampollas mundiales a la vista de qué difundía la prensa ya fuera por medios hablados o escritos, la dejaban del todo indiferente y decía con un encogimiento de hombros "como yo de eso no entiendo" y continuaba jugueteando con un manojito de llaves mirando una cualquiera igual que si fuera muy urgente abrir con no sabía cuál una puerta que desconocía y divagando acerca de "metafísicas y ontologías". Semejante término grandilocuente es de mi cosecha - que había dicho -, que se me ocurrió esta denominación para englobar sus inquietudes y ella me reprendía (le había confesado a él) por hablar sin fundamento y al buen tuntún y "anda que no hará falta tener cabeza ni nada y muchísima cultura para meterse en camisas de tantas varas" y que no, que ella - y ésta dale que dale a las perlas que las va a romper - con entender para qué sirve "vivir en un mundo del que no comprendo nada me quedaría tan realizada"...o guarreaba un crucigrama que ella sabía muy bien que no tendría la constancia de terminar nunca.

"Así, entre entusiasmos fluctuantes y alternancias de accesos de pasión y de abulia, podías encontrarte - en sus siempre reducidos dominios que de tan despejados te podían parecer grandes - periódicos de las tendencias más dispares y todos de una misma fecha o a ella del todo in albis de algo que tenía en vilo a toda la cristiandad que es como ella llamaba al mundo poderoso de occidente; que también era expresión de su acervo lingüístico acumulado a tropicónes y que tanto reconocimiento debía y otorgaba sin discriminación ni menoscabo a la buena mujer disertando en la cola de la carne acerca de productos de limpieza como al doctor muy eximio perorando - en un programa de televisión de madrugada que por lo visto a esas horas es buena, dice, un día me tengo que quedar aposta que hay que conocerse a sí misma

poquito para hacer semejantes proyectos cuando a mí me tiene con
fesado de su propia boca si no duermo de diez a doce horas yo
no soy nadie que a veces pone cuando está desvelada y que no sabe
 si va más encaminado a minorías insomnes o a curiosos trasnocha
 dos - de ciencias y de tecnologías, como siempre fue, por lo que
 cuentan, de poquísimo dormir y un sueño muy liviano.

"Que le surgen en su cabeza - dice ella todavía en el
 night que no quiso conocer y entre verticales y horizontales tres
 letras siete letras espacio cuarenta y ocho perlas (las he conta
 do mientras ella según habla las va pasando una por una como
 quien reza un rosario) que van a rodar en cualquier momento y mis
rodillas no están para muchos trotes sin concierto ni orden -
 y en su imaginación contraposiciones que luego la asaltan durante
 días y hasta a veces semanas que la terminan por desquiciar echan
 do cábalas sin poder evitarlo de qué unos dedos en los que se fi
 jó por un instante agarrando el tallo de una copa con delicadeza
 no habrán tocado en tantísimas fracciones de segundos que compo
 nen todo el largo del total de los días y por qué motivos dos
 hileras de dientes - pero mira, tengo que alegrarme, me congra
 tulo, que a mí me gusta si se puede ser optimista de que el co-
llar tenga sólo una vuelta - que están dejando ver una sonrisa
 afable no habrán sido mostradas con distintos mensajes en vaya
 nadie a saber cuantísimas posibles situaciones diversas - por
 que tiene otro, pero nada más se lo pone en ocasiones muy espe
 ciales porque es muy aparatoso que tiene cinco - como depara el
 entrelazarse de las vidas.

"Que cómo se puede tener la seguridad absoluta, pregun
 ta - dice y pues pues hija porque estaba cantado, aunque me ca
 llo, que ya lo ha roto y estamos recogiénolas -, de que la mis
 ma persona que en este instante miras como acaricia en otro momen
 to no tortura.

"Como era de esperar - las rodillas me han dado el pri
 mer chasquido, pero si es que las tengo muy mal -, cuando lleva

ba tres palabras horizontales, dos verticales y tres o cuatro tachones se cansó de discurrir y - déjalo, dice, ya las recojo yo y si no mañana la asistenta, porque que estos huesos míos que le dan repelús - continuó pasando hojas de atrás a delante... en esto es tan normal como cualquiera, los periódicos y revistas los empieza siempre por el final...separándolas cuidadosamente y murmurando sesenta, cincuenta y ocho, cincuenta y seis - cuento y tengo ya en la mano veintisiete, y como ella tiene en la suya otro puñado no pueden estar quedando muchas -, como para asegurarse de que no se saltaba ninguna y empujándose de tanto en tanto las gafas que se le escurrían por la nariz y saltando a la veinte con decisión cuando llegaba a la cincuenta, aunque tampoco la veinte la leyó, y de ahí a la portada y, sin dedicarle una ojeada, exhaló un suspiro idéntico al que acompaña a la satisfacción del deber cumplido y declaró por hoy ya he ampliado mi cultura al tiempo que lo lanzaba lejos y yo abandonaba mi sillón de orejas para recogerlo y ella se levantaba del suelo - mira, dice agachándose, veintiuna, ya están todas - con tanta dificultad y tanto crujir de articulaciones como si fuera una anciana.

"-Mira, dije - dice, y yo pues ya sabemos algo de ella, que se parece a mí, depositando su puñado y el mío en un cenicero porque aunque no fuma tiene muchos porque que ella, la rival, sí empieza por la página uno, que tiene esa rareza -: han liberado a los rehenes.

"-¿Qué rehenes? - se había acercado a la ventana, por primera vez en toda la tarde, y con el pico del visillo un poco alzado atisbaba la calle mojada y unos retazos de cielo pálido entre restos de nubes que se deshilachaban y comentaba que nunca había podido comprender cómo los dueños de perros sabrían discernir qué raza preferían, que ella no sabría nunca tener claro si a su caracter le cuadraría mejor un caniche o un pastor alem... -, ¿qué rehenes?".

Pero que no tuvo que explicárselo porque antes de acabarlo de preguntar había soltado el visillo y ya le importaban nada los perros y se había sentado en su silla encendiendo un cigarrillo del paquete que se agachó por recoger del suelo y antes de dar dos caladas se volvió a levantar y paseó - sentada con las piernas cruzadas y expurgando las perlas de manera que me parece estar viendo a mi madre cuando de niña limpiaba las lentes -, canturreó, volvió a mirar por la ventana olvidada de los rehenes que llegaran a sus oídos justamente ahí...las adversidades y avatares la impresionaban poco porque que en la vida a cualquiera puede pasarle cualquier cosa y a tí y a mí, "decía, y a mí me sobrecogía siempre - porque eso la dejaba muy descolocada, por lo visto, muy perpleja, dice mirando con atención ceñuda una que no es ni más brillante ni más grande que las otras - que pudiese sin embargo considerar lo de la copa y los dedos y el tallo acariciado y cosas por el estilo que decía"...y rellenó tres palabras y media más de crucigrama y se arrancó un pelo de una ceja en tanto ella ojeaba libros de las más variadas materias de las que ella siempre se rodea y que cuando ya los lee los va dejando olvidados adrede en los taxis, y en las mesas de las cafeterías, y en las butacas de los cines y en los bancos de las calles y en los parques: que dice ella que quién va a leer el mismo libro dos veces habiendo tanto pendiente, que ella desde luego no. Y que siempre puede encontrárselos alguien a quien haga ilusión precisamente ése, que pateando librerías y bibliotecas pues a lo mejor pues en la vida, pero, en unas prisas, un día que paras un taxi porque estás llegando tarde entras, buenas tardes, y te sientas, y notas que algo se te está clavando en el trasero, y cuando vas y miras pues anda pero si...con la de patadas que habré dado para y ahora aquí.

"-Y cuando ya se terminó de practicar una buena coquera en el entrecejo hurgando un pelo que no salía y se aplicó alcohol con un algodoncito dijo:

-Bien que podíamos ir a ver una exposición que hay en la Fundación March.

-Que le hacía mucha ilusión y si se descuidaba la iban a terminar quitando - dijo, y bueno, nos fuimos y aunque no oí cómo giraba la cerradura al dar las dos vueltas de llave me sentí aliviado, liberado, porque al llegar a este punto se paró y supe que esta no era una pausa como tantas otras en las que se levantaba para ir a buscar otro paquete de tabaco o para regresar trayendo más café - y se dio un toque de carmín en los labios y se calzó los zapatos y se marcharon".

Posando ella el cenicero con un golpe suave pero seco del cristal sobre la mesa de centro, y las perlas al entrechocar unas con otras en la pequeña sacudida tintinean y se cruza de brazos, sentada, muy quieta, y:

-Él, él sin embargo - repitiendo el él en un tono que se me antojó quejumbroso y no tardé en interpretar como ¿por qué no tuvo que tener la amabilidad de concederme un respiro a mí también? al escuchar el final de su frase - había hablado todo seguido.

Había hablado todo seguido sin apuntar ni por un instante la esperanza de un respiro pero, yo, si bien ella tampoco la hizo a continuación de inculparlo de falta de amabilidad, que es lo que objetivamente hubiera procedido, me sentí aliviada también porque tuve la certeza de que si bien el relato iba a continuar siendo - aunque por boca de ella, ella era mi nexo - el relato de él éste iba a volverse más personal, más directo, y yo sentía muchísima curiosidad por conocerlo un poquito más.

Y dijo:

Supe que ya no hablaría más de ella y sentí alivio - bueno, que eso ya lo había dicho -, una sensación muy parecida a ese placer que produce abrir de par en par la ventana y notar un golpe de de aire frío en la cara cuando se ha permanecido durante demasiadas horas respirando la atmósfera densa de la cale

facción a temperatura más alta de la necesaria.

Intuí que tampoco tenía intención de hablar de sí mis
ma.

Hacía frío. Había trascurrido un rato largo desde que pusiera leña en la chimenea por última vez y ya nada más quedaba entre las cenizas un poco de rescoldo que hacía las veces de punto de luz, porque tampoco se levantó a girar el interruptor. No teníamos tampoco ya café y el paquete de tabaco estaba vacío. La habitación era grande, pero no demasiado, podría haberse mantenido templada por los restos del fuego si uno de los cristales de la ventana no estuviera roto.

Nunca le pregunté de qué modo había ocurrido y siempre me intrigó cómo en un séptimo piso podía parecer haber sido hecho con un tirachinas: un agujero redondo y pequeño, no mayor que una moneda y rayos quebrados alrededor. Llevaba mil años allí.

Los ojos se me habían acostumbrado al resplandor tenue que emanaba de las brasas y podía incluso ver el color de las cosas, y los contornos, con absoluta nitidez. No, los colores tal vez no, he exagerado, los conocía de haberlos visto tantas veces pero entonces no se alcanzaban a apreciar. Sí se hubiera podido leer un libro, de letra un poco grande, y, la figura de ella, quieta y mirando a ninguna parte, y las pupilas brillantes, y su mano izquierda masajeando indolente los pies descalzos que había recogido en diagonal sobre el asiento, ladeada, las podía distinguir con entera claridad.

Permanecí un tiempo simplemente mirando; o más que mirando contemplando, jugando a conjeturar los porqués, tratando de encontrar un sentido a que alguien con tan arraigadas convicciones y parca en necesidades como lo es ella viviera rodeada de tal profusión de enseres prescindibles.

A su ferrea persuasión de que para subsistir se precisan escasos ingredientes y de que el confort se resume en una

cama, una mesa, un sillón envolvente y algo sobre donde mantener los pies en alto leyendo - que bien puede ser una pila de guías de teléfono, y de hecho ese es su escabel - se contrapone una incuria pertinaz a la hora de aprestarse a suprimir toda una parafernalia de adminículos cuya exigua utilidad queda patente en la constatación de que, a lo largo de meses y aun de años, puedes estar reparando en la misma nadería en exactamente el mismo lugar y sin que eventualidad alguna haya requerido su comparecencia en otra parte.

Ahora había cerrado los ojos - no tenía mucha noción de cuánto se estaría ya prolongando su silencio; el único reloj que podías encontrar en la casa era uno grande, de péndulo, pero estaba justo a mi espalda y no sentí necesidad perentoria de consultarlo, estimé suficiente la reflexión de no haber oído ninguna campanada, que indefectiblemente sonaban a las horas y a las medias - y la mano permanecía quieta sobre sus pies y la cabeza se apoyaba en la oreja del sillón, en la derecha, lo que me privaba de ver esa zona de su cuello que forzosamente estaría mostrando, desde el lado opuesto, la flacidez coesencial a su edad ya mediana y que al estar hurtada a mi vista posibilitaba el mantenerme en la creencia de que, pasara lo que pasara, seguiría toda la vida siendo una adolescente.

Sí, algo había en ella que no alcanzaría la madurez jamás y eso siempre me produjo una suerte de desasosiego, la sensación de que - siendo como fue siempre tan inhabil en cualquier destreza corporal, sin contar con los dedos - caminaba en equilibrio precario en una de esas barras fijas sobre las que los atletas ejecutan todo tipo de contorsiones, con soltura, expuesta a resbalarse e ir a dar en los brazos de una grotesca vejez desarraigada o de bruces contra una extravagante anquilosada niñez.

Pensé que estaba dormida y consideré la posibilidad de echarle algo sobre los pies desnudos, no fuera a coger frío, pero me dije que no lo necesitaba, que ya infinidad de veces habría

hecho lo mismo de quedarse ahí sentada hasta altas horas, desabrigada y con el sol del tirachinas estrellado en la ventana, sin que nunca se le hubiera conocido el más insignificante catarrillo.

Sí. Estaba acostumbrada a cuidarse sola; más exactamente se había ejercitado en el hábito de no cuidarse, de no atender a immediateces como el prestar atención a la salud o a la propia conveniencia que, si la dejas, era su teoría, cada vez te exige más y termina por tenerte pendiente de pormenores estúpidos que al remate esclavizan - porque ahora, después de tantas prisas y de dejarme medio chata con la puerta del taxi y de no haber recogido el cambio puede quedárselo como si fuera rica ha desacelerado y se demora en pormenores estúpidos que, como yo le dije, "es demasiado largo y vas a entorpecer muchas bazas", pero ella respondió qué sabrás tú y yo bajé la cabeza y me enfrasqué en jugar con la cámara, que ella me la había puesto en las manos y, por decir algo, "no sé para qué la hemos traído", pero ella respondió no importa no tiene carrete y se había desentendido de mí y miraba según se tiraba uno por uno de los dedos de los guantes un poco a la distancia, a cualquier parte, posando su mirada aquí y allá sin detenerse en nada - y si te descuidas llega un día en que te das cuenta, si es que llegas a dártela, de que estás inmovilizada más si cabe que si lo que te envuelve estuvieran siendo propiamente cadenas y, si no te la das, tu vida habrás sido enteramente estéril - y yo aún rezongué por lo bajo "pues con mayor motivo" cuando así no iba a servirnos para nada y me quedé quieta mirando también a cualquier parte y reparé en el chico, pero como me hubiese podido fijar en cualquier otro alguien, con las manos cruzadas sobre la mesa y la barbilla apoyada en sus muñecas, mirándole - y un eslabón perdido de tu existencia del que, por mucho que luego te quieras evadir, no dejará la Eternidad de exigirte el rendir cuentas.

Decía, y lo seguirá diciendo - dando vueltas a un tro

zo de papel en blanco entre sus dedos, con ceño crítico como si el que estuviera colocado de tal o cual manera cuando se aprestase a utilizar sobre él el lapicero que sujetaba como si fuera un cigarrillo fuese a ser muy importante -, que hace una larga temporada que no la veo.

De repente se me antojó que debía de ser muy tarde - le ha encontrado la postura al papel, y su tono se ha vuelto más dinámico y el chico se ha rebullido pero sigue allí clavado -; la campanada en la que di en confiarme no sonaba cuando tuve a bien caer en la cuenta de que tampoco se oía el tic-tac habitual, y ya entonces me giré, con sobresalto, y me enteré de que el reloj estaba parado y de que el William Dyce, un acantilado bajo un cielo de otoño que siempre había estado en esa misma pared sobre el buró, había desaparecido dejando sobre el entelado la prueba fehaciente de su larga permanencia en el hogar y de lo muy de tarde en tarde que ella se aplicaba a la faena de hacer venir a nadie que mitigara los estragos que el paso del tiempo iba dejando en aquel piso.

No era la primera vez que se desprendía de un objeto de valor - estaba diciendo, y debe de ser bolígrafo porque no se oye ese rechinar un poco grimoso de la mina -, pero no vayas a pensar que los vendía, que no encontrarás en parte ninguna a alguien con noción más enervante del precio de las cosas. Los regalaba, decía muy tranquila "lo he dado" a cualquiera de las componentes de su innumerable cohorte de amistades hacia las que, no a todas, pero sí a muchas, y lo confesaba con nada de apuro y sin percatarse de cómo caía en contradicción, sentía un módico cariño, decía, y:

-Lo siento mucho pero no puedo remediarlo, no movería un dedo por ella - y los de él aprisionan el bolígrafo -, hablando de una amiga de la que detestaba su afán por acaparar.

-¿Un dedo no? - le dije -, pues has movido el cuadro (que le dijo, y yo hago nudos con la correa de la cámara) y te

habrán hecho falta las dos manos.

-¡Pero si no lo he descolgado yo!

-Visto así - dice el chico - no es tan contradicción.

-No - con resolución le ha dado al papel un giro de noventa grados -, así no.

Y sigue dibujando y yo pienso que así no se van a en contrar jamás los trazos, no a menos que los termine por enlazar sin lógica y como a él le de la gana.

Por eso la falta de coordinación entre sus palabras y sus hechos - sigue hablando - no podrías en ella calificarla de incoherencia. Su sentido de la generosidad, por ejemplo, está elaborado a base de vulnerar los preceptos más fundamentales de la lógica en pro de salvaguardar la razón - ¿no será al revés, quizá?, se aventura el chico sin abandonar su actitud extática, absorbo como está en su mano, y -: esa es otra cuestión, yo ni quito ni pongo, y las manifestaciones de su largueza impulsadas por el miedo que le tengo a ser egoista. Dice.

-Ahí sí hay contradicción.

-Ahí sí.

Y para que te hagas un poco idea de su forma de...no sé si habría que llamarlo discurrir - ha devuelto el papel a su postura original, obedeciendo a mi objeción que el tiene forzosamente que ignorar, pienso, aunque eso no soluciona nada porque esa otra acumulación de trazos ya no la va a poder borrar - puedo contarte...porque disponemos de tiempo, ¿verdad?...cómo y por qué se marchó de su casa dejando en ella un marido al que en modo alguno podrías negarle el reconocimiento de la calidad de buena persona y esto lo enfatizaba con mucho ardor, estirando su índice y mirándote a los ojos con fijeza (y él hablando estira su índice también, y el chico lo mira tan cerca y tan fijo que bizquea) pero sin pasar nunca a dar noticia de si lo quiso o no y dos hijos, niño y niña, que tenían por entonces doce y diez años. El niño era el mayor.

Ella me lo narró de forma desapasionada una tarde de invierno, paseando por el parque del oeste casi desierto, la primera vez que nos veíamos tras regresar del entierro de mi esposo decía, en un tonillo un poco irónico que en ella sonaba no sé por qué más natural que el término más coloquial marido de cuyo fallecimiento tuvo noticia por medio de un mensaje grabado que encontró en el contestador una noche al volver de El Paraíso.

Me llamó la atención que dijo, muy normal, "un nombre que no conocía, pero explicaba que era el pasante" y no quise ser crítico opinando que se lo pudo haber comunicado alguno de los hijos.

"Me puse el despertador temprano - dijo - por acudir a tiempo a las exequias, aunque yo allí no pintaría nada después de quince años y en una ciudad pequeña como aquella donde se despertarían infinidad de comentarios. Pero no supe qué era lo me jor; tampoco sabía cuál de los dos comportamientos heriría menos a mis hijos. Pedir opinión a alguien, a tí, a ella, era ponerlos en un aprieto, ¿no?, nadie posee la piedra filosofal que le dé garantía de que su consejo va a ser un acierto, ¿verdad?. Ade más: tampoco tenía tiempo.

"Ya sé que estoy hablando de esto en un tono frío - y ciertamente el tono lo era, ya te he dicho, distante como si la cosa no fuera con ella (y el de él lo era también, como si tam poco lo fuera y sin apartarse del ni quito ni pongo, y los tra zos en que se abismaba muy seguidos, que no paraba, pero discon tinuos y muy cortos, y la mirada del muchacho estática, y mi ac titud haciendo nudos ajena como la de quien reconoce pero muy remotamente situaciones de las que ya ha oído y sólo por algunos rasgos son un poco iguales, y ella ya se ha terminado de sacar los guantes) y ni poco ni mucho la afectase, y miraba al horizon te o se paraba a tantear un guijarro con la puntera del zapato -, desprovisto de sentimientos y cargado de indiferencia; pero no es así, no si se tiene en cuenta que la verdad y la mentira de

los sentimientos es, a mi entender muy discutible, claro, un juego de luces y de sombras y de sí es no es que en ocasiones se quedan ahogados por exigencias de las normas de conducta. Los hijos (que había dicho, y los trazos del dibujo de él son figuras geométricas, símbolos, pienso), por ceñirnos a algo concreto; si preguntas a cualquiera por qué quiere a los suyos más que a cualesquiera otros es muy posible que la respuesta sea porque son míos y eso siempre me ha parecido tan terrible que hasta llego a sentir un escalofrío, porque pienso, aunque no lo digo: ¿es por eso que todo el que no es propiedad de nadie aparece tan solo, tan desprotegido?".

No llenó una maleta con sus cosas y desapareció - de la geometría se ha debido de cansar, ahora son curvas que se acercan para alejarse luego -. No cuando el entierro, ahí regresó en un par de días; te hablo de cuando dejó a su familia. No. Simplemente sucedía que ella no entendía la vida pero no la vida suya en particular, que vista objetivamente era muy fácil, reconocía; no comprendía ni atinaba a digerir ese impulso abstracto o ambiguo, no acertaba a saberlo definir - dice, y ni yo tus di-bujos pensé, sin suponer que alguna vez llegaría a decírselo así, cara a cara -, que se da en pretender identificar como sentimiento y mediante el cual se obedece al arrebató ciego de aferrarse a las propias referencias para justificar el sufrimiento, la alegría, la voluntad, el deber, la satisfacción, la obligación, lo correcto y lo incorrecto, el bien y el mal.

"¿Por qué uno siente alivio cuando el niño descalabrado en el patio del colegio es el del vecino en lugar del proprio?". Y sólo estaba dispuesta a aceptar una respuesta irrefutable; se lo veías en los ojos.

Era una angustia que llegó a embargarla tan por completo que, sumida ya en algo que expertos calificaron rayano en la locura, a su marido no le quedó más remedio que ingresarla en un sanatorio. Y allí permaneció durante muchos meses - y todos los

demás ocupantes de la estancia deben de llevar aquí mucho tiempo también, considero, a juzgar por los comentarios pesarosos de algunos...una señora ha murmurado si lo llevo a saber hago la compra antes...y por la familiaridad con que la mayoría, aun saltando a la vista que antes de su llegada no podían estar teniendo tipo alguno de lazos entre sí, se tratan los unos a los otros ya sea para intercambiarse amabilidades y alguna que otra broma (alguna un poquito pesada, si es que he de decirlo, e incluso de tono más que un poco subido) o, si al caso viene, y de vez en cuando está viniendo, algún impropio o exabrupto que por fortuna no parece estar dejando cicatrices - al cabo de los cuales había una cosa que tenía muy clara "aunque se me pueda tachar de egoísta y aun de malvada", dijo, y que era que no deseaba cargar con ninguna otra responsabilidad en el mundo que con la que conlleva el hecho de ser persona - dicho con toda la frescura del mundo y sin reparar que se ha hecho un silencio denso que podría cortarse como si fuera carne de membrillo, por poner un ejemplo, que a un rapaz que hizo ademán de ir a abrir la boca se aprestó a atajarlo su madre con un cachete y tú te callas, no has oído nada, y a una señora que tejía se le escapó un punto y musitó pues lo que me faltaba - y nada más.

No saldría de aquel recinto para volver a entrar en el funcionamiento de pertenecer a otros y de que otros a su vez le pertenecieran; para pretender nuevamente el intento, que lleva al fracaso siempre, de saber estar en los estares de quienes sin haber redactado unos estatutos y haberlos fijado en la puerta del frigorífico - que dijo, y posa él su pequeña obra pictórica contra la esfera del reloj de sobremesa -, que eso ya lo sé y no te quedes con la anécdota demandan de continuo que sepas comprender y estar a la altura de sus malestares y que compartas sus alegrías por más que a tí se te figuren del todo mezquinas. Y, en pago y justa reciprocidad, ellos estarán a las alturas tuyas y compartirán lo que tú quieras y estés obligado a compar

tir...Ah, si si si si si - y como la voz suena impostada al contemplarla estoy sabiendo que no es suya -, a veces podrán saltar los títeres por los aires - ahora sí - y, sí, discutiremos - ahora no - y luego se volverán a hacer las paces, pasa en todas las familias - ahora no sé - pero en el fondo, mira, unidos como una piña. Y no me daba la gana.

-Ahora no - ha dicho jugando a hacer trencitas con los dedos de los guantes y, yo "pensaba que estabas en otra parte" pero chist...

No. No le dio la gana.

Tampoco quiso asumir el saber tener que desear lo mejor para los míos y luchar para dárselo y que lo entendieran como bueno - y yo le quise decir que me regalase el dibujo, que me gustaba, pero me dio cortedad -; ni aprender únicamente por ofre cer una apariencia flexible, tolerante, tal vez en realidad permisiva de esas que nada más postergan el conflicto, a contemporizar con criterios que me produjeran enorme rechazo ni a, por mostrarme severa y en mi sitio - porque me daba muy bien cuenta que semejante demanda sería un atrevimiento, así, una desconocida sin ningún derecho -, no transigir con situaciones que en mi convicción más íntima yo estuviera valorando del todo inocentes.

-Y también que me da no sé qué interrumpirle - me atreví a murmurar aún, como sé ser tan terca.

Chist.

"Así pues, no regresé - a pesar de lo muy fría que era la tarde, y de que el viento agitaba las hojas que aún permanecían en las ramas, y de que el cielo amenazaba lluvia, se había sentado en uno de los bancos y, yo, de pie, miraba a cualquier parte y a ella arrebujaada en su abrigo de paño rojo y cuello negro, grande, de piel sintética del que yo le había dicho en una ocasión "¿y esa pielecilla?" y le conservó ya siempre un poco de ojeriza aunque lo siguió usando y protestó que es que yo soy un chico muy exquisito -; puede tomarse por desatino imper

donable, pero no regresé - y según hablaba estiraba una pierna y luego otra y miraba las punteras de sus zapatos (y él su obra de arte), entornando los ojos - ¡Con unos niños tan pequeños!, dirían muchos, pero ni mi presencia ni mi temperamento eran los más idóneos para educarlos y proporcionarles los esquemas que la sociedad exige y que, cuando se quebrantan, los chicos se convierten en inadaptados: rebeldes y problemáticos".

Para entonces, a la muerte del marido, ambos - los hijos - tenían ya veintimuchos años y no parecían haber crecido con demasiados traumas; habían encauzado sus vidas de formas que pueden denominarse razonables - no hizo mención de a qué se dedicaban ni creo que ella se interesase en ese particular, nada más valoró sus formas de estar, de expresarse, los gestos y las inflexiones de su voz - y su actitud para con ella, en el sepe lio, resultó cordial sin aspavientos no negaré que levemente distante, pero suficiente para mí. Y parecía perfectamente con forme y satisfecha.

Y, bueno, allí estuvo recién llegada a la capital - ha vuelto a tomar de contra el reloj el dibujo y le ha aplicado un pequeño retoque, muy pequeño, y lo ha vuelto a posar -, hos pedada en una pensión cochambrosa y sin querer dar explicaciones hasta que cuando ya tuvo confianza con su amiga del alma logró ésta convencerla de que habitara la casa de sus padres, en la que había vivido de niña y hasta que se casó.

-¿Y por qué no querías vivir aquí? - que le preguntó asombrado cuando visitó por primera vez el magnífico piso de la calle Velazquez, un par de meses o tres después de conocerla.

-Es que al principio ni se me ocurrió.

-Sí se te ocurrió - que le había recordado -, a tu ma rido le dijiste que no necesitabas nada porque contabas con la casa y la herencia de tus padres, ¿no?.

-Algo tenía que argumentar para que no anduviera preo cupado por mí. Pero en mi cabeza esta casa no era vitalmente mía.

-Ah, ¡vitalmente!, no veo la vitalidad que han de tener unas paredes para darte cobijo. Además, era, es de tu propiedad.

-¡Propiedad, propiedad! - había protestado, dice, manoteando - ¿qué es lo que se entiende propiamente por propiedad?; había salido de aquí por propia voluntad, cuando volví mis padres ya no vivían, aquí no había nada ni nadie que me pudiera recibir ni con aprobación ni con reproches. Sabía que ante la ley me pertenecía pero ante el hecho de tomarla me sentía tan intrusa como se pudiera estar calificando a un okupa.

Bueno, no estoy seguro de que lo dijera exactamente así - y recapacita entornando los ojos y decide aplicar otro retoquito al dibujo que me digo verás cómo lo vas a estropear, pero cambia de idea y lo deposita otra vez en su sitio sin haberlo tocado -, okupa se acuñó posiblemente más tarde y dudo que ella dijera kraker o squatter; siempre le dio vergüenza utilizar pala bras sin estar conociendo su significado exacto.

"Y fíjate qué suerte - dijo - que al dar un sorbo de café vi en la acera de enfrente, en un primer piso, uno de esos letreros amarillos con las letras negras COMPRO ORO y, en un espejo de la pared anunciando White Label, el camafeo de brillantes de la bisabuela en el cuello de mi blusa. A ver si no es casualidad. Y luego, al guardar los billetes en el bolso vi la tarjeta y, como a veces soy un poco impulsiva, ya me acercaba a una cabina para llamarla por teléfono pero me di cuenta de que antes de bía ver un par de exposiciones o iba a pensar que la había mentido, ¿verdad?. Además - puntualizó - no podía presentarme sin la armónica".

-Mira - señalé (dice, y parece ahora tan orgulloso de su dibujito que ya ni lo mira) -, eso también fue suerte: el chico no te pidió un contrabajo.

-¡Era sólo un crío!, nada más quería entretenerse un poco en el recreo. Así que eso fue lo primero que hice, mírala,

ahí la tengo, ¿la ves?, y como mi visita a la ciudad era de puro capricho, ya te dije, por la tarde me di una vuelta por la Juana Mordó y otras dos o tres de Serrano y Castelló. Naturalmente fui también al Corte Inglés; no puedes regresar a provincias sin una bolsa del Corte Inglés. Un traje chaqueta para mi hermana la pequeña, que, por cierto, estaba un poco gordita.

-No ibas a regresar - objeté -, y no tienes hermana.

-Mira - me pareció que se empezaba a sulfurar un poco (dice, y se ha puesto con un nuevo dibujo y el chico sigue inmóvil, que más diría yo que lo que lo ensimisma es no el dibujo si no el mirarlo dibujar) -, no hay cosa que me saque más de quicio que hablarte y que estés tú en otra cosa. ¡Ella no lo sabía!

-Aun así...

-Ni aun así ni aun asá; a mí nadie me pone las orejas coloradas por una mentira imbécil, simplemente porque no me da la gana.

Y dio por zanjada la conversación marcando un respingo altanero y calándose implacable las gafas para verificar - esto era en Florencia, la Galería de los Uffizi - si la lupa que el papa León X pintado por Rafael sujeta en su mano izquierda da fe de alguna manchita blanca (mentiras les llamabamos de niños) en la uña del pulgar derecho; pero se las volvió a quitar de inmediato, molesta, pestañeó pensativa y con un suspiro disgustado las cerró y anda, dijo, vámonos.

Ahora yo la miraba sin saber - dice, afanado en su nuevo diseño - si era tarde o tenía los pies fríos; sin decidirme por zarandearla o arropárselos, marcharme o continuar sentado. Le toqué uno y, sí, lo tenía frío; pero hora no tenía y opté por sacudirla.

Pronuncié su nombre; bajito. No se enteró. Lo volví a repetir; un poco más fuerte y un cachete flojo y ahora abrió los ojos, con espanto, y se puso de pie casi de un brinco con un grititito incontrolado e inquirió con voz muy destemplada:

-¿Qué pasa?

-Nada. El Paraiso, ¿no?. Y como el reloj está parado.

-¡Huy qué tonta estoy! - dijo, estirándose y frotándose los ojos. Y, seguido, sin mostrar prisa ninguna -: debe de ser tarde. El Paraiso - y se rascó una oreja y echó una ojeada al reloj parado y -: se le saltó la cuerda - explicó.

Luego fue hasta el interruptor de la luz y lo giró. Y con mucha parsimonia eligió un tronco tras desestimar seis o siete que por alguna enigmática razón no fueron de su agrado, y lo añadió a las brasas colocándolo con una meticulosidad exasperante.

Cuando se hubo cerciorado de que tiraba, dijo:

-Podías cenar conmigo.

-Es que... - e instintivamente miré el reloj.

-Anda, sí - por un instante miró (dice) donde miraba yo -. Bochornoso del todo. Cenamos juntos y te lo cuento con detalle.

-No. Si sí, pero...

-Oye. No me lleves siempre la contraria. Voy a la nevera por tabaco, y mientras te lo fumas me cambio.

Porque siempre guarda el tabaco en la nevera, que dice que fuera se seca, y aunque me parecía que no podía ser para tanto no dije nada y esperé.

-Eso sí - explicó regresando y poniéndome los cigarrillos en la mano -: yo no estoy involucrada...qué rabia - y miró de nuevo a la esfera con un repunte de rencor -, para mí personalmente no ha representado ningún problema - ahora hablaba muy alto desde su habitación -: Pues la semana pasada; como estabas de viaje no viste los periódicos.

Era un buen reloj, sí; pero hasta ese punto...

-Hoy sí vas a tener un problema - dije.

-Qué va qué va ¡problema!...- venía por el pasillo forcejeando contra una cremallera que se negaba a subir - esta meno

pausia mía...y aclarado que está todo ya...de verdad que qué asco...- se mordía la lengua - además como...es que he vuelto a engordar, ¿no crees?...de mi llave nunca tuvo copia nadie... oooooh!...me tomé esa licencia, que para eso el cuarto de las escobas...anda, mira, hazme el favor de tirar tú...lo arreglé yo con lo que me sobró del camafeo y nadie protestó...¡que me estás cogiendo un pellizco!...pero es que no me apetecía nada que me toquetearan mis cosas...mira, ahora sí, muchas gracias, qué alegría. Hala venga, vámonos.

Se había puesto con diligencia el abrigo, y colgado el bolso del hombro y colocado los guantes, dedo por dedo, mientras seguía muy cargada de razón "porque son mis vestidos largos y mis marabúes, que luego me los pongo yo y me da mucha rabia que las de la limpieza...porque todo lo fisgan...ay, mira, que se me olvidaba...hombre...". Y se descolgó el bolso, y se quitó los guantes, y abrió el reloj y le dio cuerda y dijo:

-Es que me da mucha tristeza cuando oigo que no suena.

Y, en efecto, el tic-tac se escuchaba ahora con absoluta normalidad.

-Pero si estaba roto - me sorprendí.

-¿Qué estaba roto? - y se colgaba el bolso cuidando de que el asa, muy larga, no fuera retorcida.

-El reloj.

-El reloj - hablaba despacio y se colocaba el guante izquierdo - no ha estado roto jamás.

-No sé...- intentando no perder la paciencia con ella, que si se pone nerviosa se enreda aún más - , algo dijiste de la cuerda, y de que saltó, le saltó la cuerda, creo...

-Pero cielo - ahora parecía muy desconcertada, y me miraba con tristeza -, no al reloj, ¿cómo te las habrás compuesto para entender que era al reloj?

-Bueno, no importa - dije. Que siempre me ha disgustado verla triste. Y le puse una mano en la espalda por empujarla

hacia la puerta - vamos a cenar de una vez o terminarás llegan
do tarde.

-¿Tarde? - y me miraba muy estupefacta -, pero cómo voy a llegar tarde si llevo media hora explicándote que no ten
go que ir. Es que de verdad no me escuchas, oye. Que está precin
tado el Paraíso, ¿no te lo acabo de decir?, que era un nido de
traficantes de drogas y de armas y de trata de blancas. Y que el
del país hermano está en la cárcel porque era el capo del cártel
y a mí una orden judicial para registrar mi camerino; que no irás
a decirme que no te lo había explicado bien. Pero yo no me puse
nada nerviosa porque en mi puerta, que lo mandé poner yo, lo que
hay es un FAC antiguo, de esos que ya nadie se acuerda de cómo
se abren, ¿sabes?, y sabía yo que no podían encontrar nada sospe
choso ni raro ni en mis cajones ni en el interior de mis zapatos.
Anda, ahora vamos a cenar.

Dijo.

-Y salieron - dice, y lo dice con su voz de siempre,
la de siempre cuando no está nerviosa que entonces se le pone
aguda y un poco chillona; y cuenta, cuenta porque cuando se po
ne a hacer memoria cuenta siempre, un gesto maquinal, involunta
rio, pienso, los anillos la pulsera el reloj, y contando va ha
blando y ahora alisa las trenzas, las que hizo con los dedos de
cabritilla pero que sin proyectos -, como tantas veces, pero sin
proyectos - dice, porque que entre ellos no hubo jamás modelo al
guno de propósito - en que estuviera tomando parte vete tú a sa
ber qué posible oscuro ingrediente...de esos que a todo el mundo
le parecen tan claros...

-¿Tinta china? - el chico, que por fin se ha resuelto
a despegar los labios y ha desviado mi vista.

-Sí - le dice, destapando un frasquito pequeño de una
sustancia negra.

-Así que tú sabías...- yo, a ella.

-Yo sabía que no - contesta -, pero él a mí no me cono

ce ni nos hemos encontrado nunca.

Y que hay que tener mucho cuidado, le explica al chico.

-Hay que tener mucho cuidado, ¿sabes?, que con esto un error, por mínimo que sea, no puede ya rectificarse.

-Comprendo.

Y ha dispuesto él sobre el tablero todos los útiles para lo que, se me antoja a mí, va a ser un gran...bueno, no debo de tener hoy uno de esos días imaginativos y no me viene a la cabeza algo que pueda ser equivalente de proyecto...un proyecto ambicioso en el que, y no como antes, el destino de cada línea esté trazado de antemano y los puntos en que hayan de ir a cruzar se unas con otras previamente estudiados y lo contempla con detenimiento todo, escuadra cartabón tiralíneas compás, y el chico ahí mirándolo sin hacer nada ahora tan absorto o más de lo que ya estuviera cuando lo observaba al dibujar.

-Pero....- obstinándose ella en alisar las trenzas.

Y se acodó sobre la mesa, con el mechero en una mano y el pitillo y la otra, y pensé que dudaba, que dudaba porque agarró la escuadra, y la mantuvo en vilo, y la soltó luego y con el cartabón lo mismo, y el mechero chascó pero no iba, y pensé que pensó bueno no fumo, y el chico lo miraba, porque lo dejó estar, tan quieto, el cigarro pero no el mechero, que volvió a chascar pero no iba, pero no le importó, que ni atendía; pero sin querer a la de tres chascó y muy rápido lo prendió y se lo puso en los labios porque por qué no, me dije que se dijo, y entonces ya si que tomó el tiralíneas, y le puso la tinta, y trazó una línea sinuosa, ascendente, descendente, enroscada, tan limpita y dijo no, no hacía falta para ésta tiralíneas porque esta línea es ésta y que ninguna otra, dijo, y que evidentemente había otras muchas, muchísimas, en las que sí que era del todo imprescindible porque sin él, el tiralíneas, sus destinos quedarían torcidos. Pero que en ésa no, que no; que no esa, que no ella, o que ella sí, porque dijo que sí después de haber dicho que no...sí, que como ella

sí que ella también. Y que pero que nadie lo entendió, ella, a lo suyo, que dale con las trenzas, nadie pero yo sí y se puso de pie con mucho ímpetu, y caminó muy viva y se le encaró y dijo muy seria y muy aplomada que...

-¿Qué?

-Sí, ¿qué?

-Sí, sí, sí, ¿qué?, ¿qué?

-Pues...que ella no creía...

-¿Qué no creía?

-Hija, ¡qué no creía!; ¿qué podrá ser?

-Bueno, pero déjala a ella.

-Porque yo, tan tan aplomada, os diré que no la ví.

-No irás a salirnos con que...

-Que ella comprendía que era una temeridad.

-¿Y?

-Y una osadía y una desfachatez.

-No, si es que...¡atreverse a decir que lo entendía!

-Que ya hay que tener morro.

-Que no le parecía a ella y perdóneme que me tome la libertad le dijo que las cosas pudieran ser tan así, ella y sólo ella y nada más y ¿qué de ésta y de ésta? - con su uña, que como le temblaba la mano no se sabía muy bien adónde señalaba.

-Y él se contestó que eso ya lo sabía...

-¿Cómo?, ¿tú estabas?

-Sí - poniéndose ésta un poco tensa -, pero eso no canbiaba nada.

-Sí cambiaba. Recuerdo que esa tarde éstas, como me abandonaste, me estuvieron ganando todo el rato; pero tú habías dicho que es que no sé cuantos y que no sé que y patrañas.

-Patrañas no; algún derecho tendré sobre mi vida privada.

-Lo digo por ellas. Todo el rato alegando que es que yo no sabía jugar mis buenas cartas.

-¡Pobrecillas!, cuando ganamos nosotras les decimos lo mismo...pero eso no cambia nada porque...

-Eso también es verdad: haciendo trampas todas la cosa queda equilibrada.

-Porque yo ya sé muy bien - porque ésta presume siempre de que lo sabe todo, que cuando las demás vamos ella viene - di jo...reparte un poco más deprisa, oye - que aunque no estemos viéndola ésta ha de llegar hasta...

-Ah, bueno.

-¿Qué; tú sabes hasta dónde?

-¿Qué; que tu sabes qué?

-Pero si es que no la dejáis que lo cuente.

-Pues...que no cambiaba nada porque aunque no se estuvieran viendo más que pequeños trazos en el segundo dibujo antes de que trazara la del tiralíneas también aquellas líneas se pro longaban ellas, ellas mismas sin que nadie las guiara, en la dis tancia y aquí y allá se cruzarían con la marcada.

-¿Y la otra?

-Pues, eso: que la otra también porque que ya de alguna manera no podría nunca lograr del todo que no se le cruzaran...

-Eso lo termina de decir...

-"Acaba".

-Bueno, oye, cuántas prisas...Se me pegan...

-Déjala...aunque él comprendía también muy bien - y había soplado sobre la tinta para que se secara - que podría pa recer que no podría nunca ser lo mismo porque, así, sin poderle poner su propia cara - y pensé que iba a guardarlo en la carpeta grande en la que supuse los guardaba todos - pues que...y que, sí, que en realidad tampoco en un principio a él, que tampoco la historia de la amiga a él lo había atrapado desde el primer momento, que a él no le parecía que estuviera siendo alguien di ferente de cualquiera o que, en todo caso, suponiendo que en rea lidad lo fuera, el rasgo diferenciador lo estaría siendo nada

más, posiblemente, a los ojos de ella...

-No me entero.

-Calla, calla.

-Y, en fin, que no había despertado en él un interés especial.

-¿Y ya está; así sin más?

-No sé...Si queréis os lo cuento mejor.

-Precisamente, que llevamos aquí no sé ya yo.

-Pero es que es un poco lo que él dijo que ella muchas veces le decía no quiero que luego digas a pesar de que él siempre le decía no, no, di, di porque si bien la historia las más de las veces, así en sí misma, pues que no, sí que le gustaba su forma de contarla, esa u otra, la que fuera, pero a la suya, a su manera que era lo que le gustaba a él y que sin embargo ella siempre se cortaba un poco porque como hablo tanto decía, y era verdad tengo a veces miedo de aburrirte y a mí me pasa a lo mejor un poco igual y más cuando como muy bien él dijo, que por eso lo dijo, que ella no le había puesto ni cara ni ojos ni nada como tampoco yo se los estoy poniendo a él...¿os dais cuenta?

-No.

-Yo, sí; así que sigue.

-Pues apenas le respondió, y con un comentario muy escueto, a qué pensaba él de que ella no creyera regresó a lo suyo, porque aunque pareciera que iba a meterlo en la carpeta con todos no estaba terminado, sonrió y levantó un poco una ceja y dijo sin embargo.

Sí, eso dijo, aunque no exactamente así porque la ceja no la levantó y cuando siguió hablando a ella no la ignoró; él era muy cortés y dijo sin embargo y...porque ya dije que estaba yo también allí, y como tampoco estaba muy claro del todo que ella lo dijera tan sólo por las rayas...pero eso es cosa mía... y que cuando se calló y...

-Cuando se calló y supe que esta vez no se trataba de

una pausa más di en querer fantasear, frente al rescoldo entre cenizas, mirando al sol estrellado en el cristal, una fisonomía para aquella abstracción cuyos rasgos fueran siempre hurtados a mis ojos....

-No. Lo siento pero no: y supe que esta vez no se traba de una pausa más como las que ya hiciera durante la tarde, me sentí culpable.

-¿Seguro?

-Seguríssssssimo.

-No sé. Así me apabullas.

-Me sentí culpable y hubiera deseado...vamos, sigue tú, que te lo sabes...y tú al reparto.

-...en tanto a los de ella, los rasgos y los ojos de ella eran una realidad inconfundible que ¿por qué no me la describió nunca no mayor que una moneda en el cristal de la ventana? ...¿voy bien?

-Fatal.

-Pues, hija...yo no doy más de sí.

-Deseado que se levantara a buscar otro paquete de tabaco, que no encontraría porque nos habíamos fumado todos los cigarrillos de todos los rincones de la casa; o regresara trayendo más café aunque una gota más de café iba a darme nauseas, o se llegase hasta la ventana y, retirando un poco el visillo, hiera cualquier comentario sobre el exterior, como el tráfico, o el color...

-¿Igual que un papagayo?

-...que toma el cielo a la puesta del sol o se preguntara por qué los que tienen perro saben elegir tal raza en lugar de tal otra...

-Lo que te digo: igual que un papagayo.

-...o, su enigma favorito, sujetar en vilo un transistor a pilas que tiene pequeñito y silenciar fascinada cómo con tan sólo apretar un botón sale un chorro de palabras, y, si das

a una ruedecita, la voz y las palabras son otras y al instante.

-Sí. Y que el meollo del embrujo es que el aparato no está enganchado a ninguna parte, vamos, que no es una radio con su enchufe y su cable, y pero que las sílabas, agarrada cada una a la cintura de la anterior como bailando la conga, vayan entrando en rigurosa fila india al interior del aparato para, después de dar vueltas y vueltas desconcertadas por todo un laberinto de resortes, encontrar sin saber ni cómo la salida triunfal y, ya está: las oyes...pero, lo que digo yo, todo paja y morralla.

-Eso lo dirás tú.

-Pues claro que sí: palabrería y morralla. ¡Hay que ir al grano!

-El grano es que faltaban los detalles...pero eso fue más tarde; primero, antes, quiero decir, que ni café ni cigarrillos, que eso sí, pero que después le gustaría que se sentase de nuevo en su sillón en vez de quedarse allí, caminando sin rumbo, cruzando calles sólo porque el semáforo está en verde y tomando un café donde no había elegido...

-Sin embargo, aun sí estando sentada donde él quería, no decía lo que quería él oír.

-Lo mismo que me está pasando a mí.

-Y a mí.

-Y a mí.

-¿O vas a terminar diciendo que no sabías lo que quería oír?

-La versión desenfadada de sus peripecias de aquella mañana que, si bien yo conocía por haberla escuchado de ella misma - dijo, sin hacer caso de que los de los penachos y la lanza estaban reclamando a la tanda siguiente -, me dejaba triste y disgustado que no la aderezase de los toques de ironía, nunca demasiado amarga y sólo un poco ácida, con que cuando estaba de humor adornaba sus cuitas.

-Por eso se sentía culpable, porque apurada quizá por

el temor de estar aburriéndome, dijo - que lo he dicho con todo el retintín del mundo para ver si lo pilla -, se precipitó y, con las prisas, dejó a su pequeña aventura desprovista del brillo que, de otro modo, estaría mostrándole el final optimista y esperanzador que en verdad tuvo.

-Y, fíjate - había dicho, dice, porque o no le tocaba en esta ronda o el chico y él se han hecho los longuís tan telenos -: saliendo por la tarde de la Kreisles, ya con la armónica en el bolso y todo, no había dado ni veinte pasos y allí estaba que me la volví a encontrar.

-Y a partir de ese encuentro ya sí que entablaron una relación que duraría toda la vida, pero, a lo que yo iba, y no me habeis dejado es a lo de la tía Nolánide y la nube que...

-¿Qué tía Nolanide?

-Es sólo un nombre, no tiene importancia, él tan sólo la nombró tan sólo...

-Yo me expreso mejor.

-Pues, venga, exprésate.

-Pero si es todo paja.

-Que te expreses o te doy un revés.

-Que a ella también le había pasado una vez que ella le habló de tal lejana tía que, que decía, ¿por qué no quiso describírmela nunca?. Que hubiera podido definírsela un poco, dárse la a conocer con sus rasgos propios para así hacerme yo una idea pero optó, con empecinamiento, por encerrarse en ambigüedades cuando quiso saber más y no consentir en soltar prenda que le facilitara pistas para organizarse una composición de lugar medianamente aproximada a la realidad.

"No lo hizo - que había dicho -, no me las dio y eso, aunque pueda parecer una tontería o incluso lo sea, me fastidió a mí mi bienestar por una buena temporada, colgada como me quedé de una especie de nube de evanescencia pura y dura en la que se me instaló una inespugnable tía Nolánide de férrea consistencia

etérea imposible de desentrañar, inmersa allí en un limbo impávido de omisiones y ausencias.

"Que ni ojos le había puesto la muy condenada a la que poder mirarla y, si se los logré colocar, precipitadamente y sin tener ni tiempo de elegir el color, fue nada más porque cualquiera sabe más o menos al vuelo improvisar un par de facciones o tres en una cara cuando quien la lleva te urge pónmelas, las necesito para poder expresar sus sentimientos y gesticular y todo eso y, nadie, me figuro, se queda ahí vacilante y hecho un lío irresoluto ante la angustia del otro que exige con pues estos no son del todo idénticos como si se tratase de un botón caído que hay que reemplazar o yo los quería azules y la boca de corazón y es igual, con estos veo estupendamente y tengo montones de cosas que decir. Aunque sean simpladas".

-¡Bobadas!

-¡Niñerías!

-Y total para nada, que por nada del mundo pudo persuadir a aquella abstracción terca de que la mirase con su mirar flamante.

-Ni que le prestara la más mínima atención por más que le chistó y se desgañitó.

-Llamándola por su nombre.

-¡Noláááááánide!

-No seas payasa.

-Y cerquísima que estuvo de sus manos porque en algún momento casi acertó a poder agarrarle un pie.

-Pero falló, por unos milímetros de nada.

-Sí; y ya estaba que se caía agotadita escurriéndose toda de aquella nebulosa trasparente que se deshilachaba entre sus uñas desesperadas.

Y sin poder por otro lado dejar de tocar porque, lo que me estaba a mí faltando, que sólo de pensarlo se me abrían las carnes: que el gerente me pusiera de patitas en la calle.

-Que eran sus primeros tiempos del night y temía que pudiesen despedirla.

-Y ya no tuvo más remedio que soltarse.

-Con disgusto, empero.

-¡Empero!, ¿también tú tienes amiga bien amada?

-Sí, querida: tú, que te adoro.

-Llevas un empaste en el segundo molar.

-¡Arrastro!

-Y yo en seguida por los pelos a ésta.

-¡¡Basta ya!!

-Y ya no tuvo más remedio que soltar...

-Eso ya está dicho.

-Es que estaba pensando en otra cosa...Y dile que tiene la peluca torcida.

-¡Peluca la pelona de tu madre!

Soltarme porque encima de mi frustración, y de lo cansada que estaba, la partitura ya se terminaba, que le quedaban nada más dos pentagramas y yo tenía que estar allí, en mi sitio, pero caí justo a punto y con bastante tino, que vino a dar la casualidad de que el agarrarme de las teclas con fuerza por no rodar por la alfombra coincidió con uno de esos acordes...no sé si sus señorías y la audiencia respetable conoce el Claro de Luna, vigorosísimo su tercer movimiento...el presto agitato del final, tan majestuoso...en fin, uno de esos que van con mucho nervio muy convulso justo antes de dejar las manos una milésima de segundo quietas; aunque es posible que una pizca me temblaran.

-Pero quedó, oye, de maravilla.

-¡No me digas!, y yo que pensaba que...

-Bueno, allí dijeron que no volvieramos, que estaban hartos de escándalos...y que y no es que lo diga yo, que dijo, pero hasta me aplaudieron cuando por lo general ni se enteran porque cada cual anda a sus conversaciones...

-Y ella sonrió.

-Y se puso de pie muy gentil y muy desenvuelta.

-Y tuvimos que recoger y salir por la puerta.

-¡Abochornadas!

-Dando las gracias con una leve inclinación de cabeza.

-Entre abucheos.

Y nadie se enteró de que yo había estado prendida de una nube y con el alma en un hilo aunque, eso sí, que luego en un aparte el gerente me dijo en la segunda polonesa se ha equivocado usted tres veces haga el favor de estar a lo que está y que sea la última vez y le dije de acuerdo y me fui a cambiarme de vestido para unas rapsodias que venían detrás...

-¿Húngaras?

-No sé...más bien gitanas es lo que parecían, desgredadas y los vestidos rotos.

...después de un descanso cortito en el cuchitril de tres por dos que ya conté yo misma acondicioné, no con mis manos, claro, pero que yo lo mandé hacer y ahora lo llamo con mucha presencia de ánimo "mi camerino" que bien acogedor que quedó cuando lo desalojé de los mochos de fregar y las cajas de cerveza vacías.

-Pero, al poner en la percha el vestido, el que se terminaba de quitar, la contrarió que me veo dice todo el bajo desgarrado.

-Sin duda porque se le engancharía uno de los tacones mientras estuvo allí, pataleando y debatiéndose con la nada en el vacío.

-Sí, debió de ser...enhebrame la aguja, ¿quieres?, que no he traído las gafas.

Y me dio disgusto, sí, pero no mucho porque la costurera dijo que no me preocupara, que iba a quedarse como nuevo; que es muy habilidosa y tiene unas manos de verdadero ángel...

-¿Jaboncillo?

-Jaboncillo y un hilván, y luego punto largo o llega

remos tarde.

-¿Donde siempre?

-Tú no te enteras, acabo de explicarte que después de la trifulca no podemos volver.

"Ahora había cerrado los ojos y pensé que estaba dormida y tuve que zarandearla para que se despertase si quería no llegar tarde; pero no quise preguntarle cómo era su amiga del alma, qué trazo tenían sus labios, ni cuál era su perfil ni de qué color eran sus ojos - no se ya si dije que si bien pensé que el dibujo estaba terminado no lo estaba; y está en él - o su pelo porque yo entonces me quedaría también colgado, colgado pero no de una tía Nolánide lejana, sí, lejana pero de carne y hueso y con una historia propia y un pasado desconocido para mí pero verificable en cualquier lugar de cualquiera de los recodos del tiempo. Sólo habría que acudir al lugar exacto y allí estaría".

-Pero que adónde podría él acudir por desvelar la corporeidad inexistente de aquel ser que ella le transfiriera.

-Mira, ¿qué tal?

-No está mal para una novata...anda, cuélgalo y nos vamos que hoy estoy derrengada y no aguanto despierta ni un minuto más.

"No, no quise preguntarle nada. Me limité a hacerle notar lo tarde que era y dijo que no importaba porque se había terminado el Paraíso".

-Y se marcharon.

-Y salimos.

Todos.

Y cuando ya se había puesto de pie...porque antes teníamos que ponernos de pie...- nosotros lo hacemos justamente al revés, pero eso se lo cuento otro día, dijo, subiendo el volumen otra vez, éste, no el chico, que a lo mejor él incluso lo sabe pero ahora decía -...y remoloneaba aún sin decidirme a también levantarme, ¿sabes?, ¿sabes qué hizo?, pues rodeó la mesa

y, cuando estuvo ya a mi lado, alargar la mano, alargar la mano y coger el dibujo, el primero, el primero que era el que más me había gustado y, después de reemplazarlo con el segundo contra el reloj como si estuviera siendo nada más para ocultar la esfera, ¿sabes?, ¿sabes qué hizo?...

-Tirarse el moco, querida. No se lo digas a las otras que no quiero yo ires y venires de que si tal y que si cual y que si ésta dijo. Pero tirarse el moco; te lo digo yo.

-Pero, quizá...
pues decir toma y dármelo y yo me lo guardé, feliz, feliz por que...

-Pero esa es una opinión que quiero guardarme, ¿comprendes?. Entiendo tu quizá, o puedo al menos tratar de entenderlo, ¡pero hasta el punto de que se atreva a aseverar que ella!, ¿qué entonces contigo y conmigo y con todas las demás?... Eso sí, que no lo digas porque...
yo lo quería; me lo guardé y aquí lo tengo: míralo.

Y miré, sí. Un dibujo simple de esos tan historiados que se hacen cuando se está pensando en otra cosa, uno de esos dibujos indescifrables que todos hemos dibujado alguna vez y, no pareciéndole al parecer suficiente con que lo mirase yo, se giró en redondo y dijo, con voz más arrobada de lo que a mi criterio venía a cuento:

-¡Mírenlo!

-Porque, no sé cómo decirlo, ¡es algo tan disparatado en nuestra cultura!

-Es que quien la informó era muy negro...

-Sí, mírenlo - repitió con voz potente, si bien raspaba como de aguardiente pero no de un aguardiente eventual sino de esos aguardientes mañaneros incorporados desde hace lustros al hábito, un hombrecillo enjuto, reseco, renegrido de soles y curtido de vientos -; mírenlo: ése es.

-¡Qué iba a serlo!

-¿No?

-Claro que no. Terminó por rectificar y admitir que, bueno, que tanto tanto no, que un café con leche...

-Siendo así...

-¿Verdad?...porque es lo que yo digo, si hubiera sido negro negro sí; pero siendo sólo de un tono intermedio sus creencias no pueden ser tan diametralmente opuestas a las nuestras.

-No. No creo que puedan.

Y señalaba con su dedo nudoso y torcido y yo me dije caray no es para tanto y que este tipo tampoco puede haberlo visto en la Sotheby's.

-Ese es el hombre.

Dijo. Y yo ah y entonces me fijé en que su dedo, amarillo de nicotina, no señalaba al dibujo sino por sobre el hombro del chico - sí, fijándose bien se podía ver que apuntaba unos cuatro dedos por encima y que tan chico ya no era, ni muy viejo el hombre, aunque sí muy joven, que el dibujo lo conservaba ya podía hacer diez años - a un caballero alto, bien plantado, quiero decir de porte distinguido si bien sus hombros estaban ya un poco encorvados, de cabello entrecano que al ver cómo todos le miraban, le mirábamos, que yo también miré, suspiró desalentado y pasándose un pañuelo por la frente dijo:

-Me temo que he llegado tarde.

Yo, la verdad, es que no tenía ni idea.

No, no lo sabía, y aquella cuestión que tan sofocados tenía a todos era para mí una de esas que se denominan menores y y me daba lo mismo antes que después, la verdad; pero a ellos por lo visto no, a ellos no porque ya los había abocado al conato de discusión que presenciara a mi llegada...o no tan conato, que cuando entré ya parecía la cosa apaciguada y calmados los ánimos y una señorita se aclaraba la voz mediante ligeros carraspeos que dieron paso a un tono cristalino, un poco grave, que era exactamente el mismo que, ahora, ante la irresolución y el gesto hos

co del resto de la concurrencia, replicaba:

-Sí y no.

-Le ruego - solicitó el caballero - que se exprese con un poco más de precisión.

-Bueno - contestó ella con una sonrisa tímida y agitando en el aire su mano derecha -; hemos hecho un arreglo, digamos.

Y al decir el digamos echó una ojeada recelosa girando nada más los ojos pero manteniendo en tensión todos los músculos como si esperase una reacción violenta por parte de los otros; pero no, que permanecieron en silencio.

-¿Arreglo? - parecía sorprendido -: pensé que no cabían arreglos.

-Y no es que cabiesen, pero...

Había hablado una mujer que portaba un canasto colgado del brazo del que asomaban los pescuezos de tres o cuatro pollos, cacareando todos - que a ver si eran gallos, pero qué más dará - y se cubría la cabeza con un desvencijadísimo sombrero de paja.

-No es que cab...cup...- la señorita de la voz cristalina parecía apurada y como lamentando y yo le dije con la mente mía "tonta, da un poco marcha atrás y di no cabían igual que él" pero como no me oyó, que no podía, se armó de valor y:

-No es que cupieran, pero...

-Pero...- expectante, el entrecano; que la del canasto, en honor a la verdad, no se inmutó.

-Ocupé su lugar - resumió la señorita.

-¡Vaya aclaración! - el caballero, suavemente sarcástico -: alguien lo habría de ocupar, de cualquier modo. Que qué si no: un estancamiento, ¿cómo lo podríamos llamar?, un paro...

-La señorita, lo que está diciendo - éste era un joven con una gabardina hasta los suelos, buenísima, que cubría un resto de indumentaria más que un poco maltrecha y abrazaba (él, no la gabardina) una carpeta de la que asomaban folios y papeles en desorden - es que no le hemos comido a usted la baza; ella ha cam

biado con usted la vez. Usted ocupará su puesto.

-¿El puesto de ella?

-Le puedo asegurar - ella, con viveza - que no es un puesto malo en absoluto. Quedará usted exactamente entre...

Y con su naricita alzada daba la sensación de husmear si bien lo que hacía en realidad era buscar entre las caras.

-Pero...- el caballero.

-Ella lo ha hecho porque no resultara usted perjudicado - el joven de la gabardina y la carpeta.

-Eso es lo que me sorprende - y el señor no atinaba a resolverse a decidir si (yo tengo entre dos amores mi corazón repartió, se me vino a mí así al pronto pensando que si bien el favor se lo había hecho era cierto también que a saber si la intervención de ella había estado a la altura de la de él con su aspecto tan depurado...aunque ella era también muy fina, pero de otra manera) dedicar una sonrisa de gratitud a él o a ella y, en el titubeo, la sonrisa difusa fue a dar sobre una señora muy escotada que quedaba más o menos en medio y que no sabiendo si había de devolverla optó por tapar sus carnes descubiertas con las manos -: que la señorita a corrido el riesgo en beneficio mío. No tenía por qué hacerlo.

Y me regañé porque mira, me dije, el pobre hombre ni ha pensado en los puntos.

Y llegándose hasta ella, la señorita, no la del escote, le besó la mano con mucha ceremonia.

-Bueno - ella -, no tiene tanto mérito - turbada -; después de todo.

-¿Cómo que no?

-¡¡¡Prosigan!!!

Una voz muy imperiosa desde el estrado en alto.

Y:

-Chist. Chist - voces aisladas.

-Chist.

Y la señorita de la voz cristalina - que ya se quedaría para siempre en la mente del chico como la señorita tan amable que se excusó en apenas un murmullo y abrió la puerta y tras dedicar una cálida sonrisa a todos los presentes se esfumó - rescató su mano de entre las del caballero agradecido y después de musitar en voz queda "en fin, me marchó; mi misión está cumplida" se dirigió a la puerta y accionó el picaporte con gesto idéntico al de la señorita tan educada que, con sonrisa helada (ella creía estar todavía viéndola) había dicho adiós, buenas tardes abriendo la puerta para un instante después volver a cerrarla a la espalda de una desconocida para la que ya se quedaría, para siempre, agarrada de forma maquinal a un picaporte y, sin parar, lo mismo que accionada por un resorte "adiós, buenas tardes. Buenas tardes. Adiós. Adiós..." sin develar para nada ni con su tono ni en el movimiento reiterado de su muñeca si...

-Porque eso siempre ocurre, querida, tan pronto supo nemos que quien está enfrente no está aquejado por nuestro problema damos en pensar que no tiene ninguno.

-No me lo creo.

-No me lo creo - diría, pero la desconocida no iba a saberlo nunca -; ¿de verdad se me ve tan enigmática, tan poco expresiva y tan distante?

...aquella mañana, antes de salir de casa, había discutido acaloradamente con la persona con quien viviera, o...

-No, no - respondería, riéndose -; vivo sola. Sí que tengo un gato, pero, vivir, así lo que se llama vivir, vivo sola.

...se le habían quemado las tostadas del desayuno y ya tuvo que contentarse con un zumo bebido; o se...

-Las tostadas quemadas, fijo que no - declararía -: que soy incapaz de tomar nada sólido hasta media mañana y es siempre una rosquilla.

...había percatado con disgusto, echando cuentas, de que sus gastos estaban siendo superiores a sus ingresos y...

Mira, eso sí - confesaría -: nunca he sido un prodigio manteniendo en equilibrio mi balanza de pagos.

...ninguna de las pacientes que entraran o salieran atemorizadas o afligidas o esperanzadas lo sabría. Nunca. Ni qué la señorita sentía viendo tantas espaldas diferentes alejarse...

-Que es cosa de maravilla lo enormemente comunicativas que pueden ser las espaldas - reflexionaría.

...pero es que no se puede pedir a nadie que las considere todas, una por una, que sería doloroso y por qué habría ella de atormentarse por tanta extraña que ya se atormenta por sí misma con indiferencia absoluta de si ella, a su vez, llora o ríe lejos de aquella puerta que la obliga.

Y tal vez por eso, y hasta sin rencor porque es posible que no haya pensado en el asunto siquiera, a las seis y media en punto diga su propio adiós, buenas tardes y se marche, tirando con su mano del pomo de la puerta al salir. Y nadie estará viendo su espalda.

De cualquier modo resultaba bastante verosímil que aquella señora tan guapa y tan bien vestida, cuidada con sumo esmero en todos los detalles de su persona, no hubiera tenido nunca hijos; si bien, y esto sí que no podía darse por rigurosamente cierto, el hecho de que nadie subiera o bajase y al decir perdone mirando dónde poner el pie hubiese reparado en la página de la agenda abierta no estaría demostrando nada en cuanto a sus proyectos inmediatos: que si el azar en lugar de estar mostrando LUNES 28 y, con letra irregular, auditorio siete treinta, se hubiera inclinado, caprichoso, a exhibir no importa qué anotación en otro día cualquiera pero MIÉRCOLES 15, por ejemplo, la idea que de la mujer se hubiese forjado quien más tarde oyó de ella habría sido, quizás, diferente del todo.

-Y sin contar con que entre un miércoles quince y un lunes veinticho han de mediar ciento dos días.

-Y aun ciento sesenta y nueve.

-Si no cae por medio y por ventura un febrero bisiesto que tire todos los cálculos por tierra.

-O no se estén cometiendo errores al contar, incluso.

-En los que pueden acaecer inprevistos que alteren los planes.

-¿Qué los alteraría: los días, los cálculos, los febreros bisiestos o los errores?

Es cierto sin embargo que fue después al cine porque un taxista sabía muy bien, lo recordaba perfectamente aunque no tuvo que explicarlo a nadie porque nunca vino al caso, que una señora con idéntico aspecto al que se le atribuye a quien nos es tamos refiriendo lo paró en la calle Jéner esquina a Fortuny y le dijo que la llevara a los cines Renoir para, más tarde, rectificar apenas unos metros antes a la puerta de los Alphaaville "mejor déjeme aquí".

-Dijo.

-Está totalmente seguro.

Sin asomo de duda. Eran las seis y veintinueve y ve, igual que si fuera ahora mismo, cómo la mujer entró deprisa en el vestíbulo después de haberle pagado la carrera con una moneda de doscientas, dos de cien, una de cincuenta de las modernas, tres de cinco duros de las antiguas, tres duros antiguos también y una moneda de diez.

-Veinte pesetas eran de propina.

-Y a pesar de que una pormenorización tan intrascendente no tenga relevancia ninguna las monedas fueron esas.

-Y el hombre las tomó en su mano peluda

-que mostraba una pequeña herida ya medio cicatrizada en el nudillo del pulgar

-...era la mano derecha...

-si bien las dejó caer sin prestarles mucha atención en una caja de madera que había sido de puros

-porque parece ser que la señora no tenía pinta de ir

por ahí sisando calderilla

-aunque es una puntualización que el hombre jamás se vio precisado de aducir en parte alguna

-y de que eran las seis y veintinueve no cabe la menor duda.

Y no cabe, porque, en el mismo instante en que el taxi frenaba - con una pizca más de brusquedad que si hubiera continuado hasta los cines donde el conductor pensaba que tenía que llegar -, una señorita, muy joven y bastante monilla, con cara de despiste, abordaba a un caballero con gabardina - color aceitunado en la que faltaba un botón - preguntando, exactamente frente al número 103 de la calle del Principe de Vergara:

-¿Podría usted decirme la hora?, se me ha parado el reloj.

Y el caballero miró, que incluso se colocó unas gafas de montura dorada que extrajo de una funda de piel marrón muy sobada pero todavía en buen uso, y respondió que las seis y veintinueve en punto...

-Y podría ser que no lo llevase en hora - la gemela rubia aclaró bajo el agua caliente del grifo otro plato y lo colocó en el escurridor contenta de que ése no se le hubiera escurrido, que esa misma noche ya había roto tres - pero ése estaría siendo ya otro asunto, que habría de ser tomado en cuenta considerando las circunstancias dentro ya de otro contexto.

"Además...- apoyó con un suspiro sus manos enfundadas en guantes de goma de fregar en el borde de la pila, contemplando pesarosa la sartén requemada que le quedaba todavía -...tampoco hay constancia ninguna de que se sentara en la escalera al salir de la consulta, ni se sabe qué pensó de la enfermera, ni nadie supo nunca que...no estoy segura de que merezca la pena freír el conejo con tomate - recapacitó - se pone todo perdido y guisado está igual de bueno...qué recapacitó durante el tiempo que estuvo recostada en la pared recorriendo con su dedo - se aplica

ba de nuevo a rascar y con su índice inspeccionaba bajo la espuma si quedaban restos adheridos - un dibujo de hierro que vaya usted a saber si de veras le prestó atención ni que representara tréboles o cabezas de dragones y que en realidad no funcionara el ascensor".

Y luego estaba también la taquillera - la gemela morena lo sabía porque se lo había contado la amiga a quien, con todo lujo de detalles, se lo había relatado el propio chico que y tú qué estarías haciendo allí, horas de clase que eran que por cierto le dijo, y izángano! -; la taquillera del cine y otros espectadores, que miraron hacia la cortina agitándose cuando ella entró en la sala con las luces ya apagadas pero sus ojos se habían habituado a la oscuridad y pudieron nítidamente distinguir su silueta.

-Incluso hubo una pareja de mediana edad que, un par de minutos más tarde, quizá tres, abandonó sus asientos por culpa de un cabezón calvo que fue a sentarse justo delante de la señora - menudita ella - y tras dudar unos instantes arrastrando una bufanda decidieron que la fila que les gustaba era precisamente aquella en la que se colocase ella y que nadie se tomó la molestia de contar - era una sesión no numerada - pero era la dieciseis y ninguna otra y le dijeron "perdón, gracias" y, si bien ella se puso en pie por dejarlos pasar, muy levemente la rozaron aunque inmediatamente centraron su atención en la pantalla y, posiblemente, no recordaría ya nunca un contacto tan efímero de apenas unas ropas con otras...

-Pero...¿el contacto, lo hubo?

-¡No había de haberlo!

Ella en cambio sí que perdió inconscientemente unos minutos de película intrigada en por qué se nota, de manera muy diluida, sí, pero se nota, y uno percibe en la epidermis el tacto evanescente del instante en que el simple roce de un pelo de la ropa está siendo trasmisor de la materialidad de otro ser.

Y algo más tarde, de regreso a casa, los transeúntes que cada cual va pensando en sus cosas pero...

-Es natural, ¿quién podría...- había terminado con la vajilla y ahora se secaba los guantes aún puestos con un paño de cocina - venir a poner la condenada puerta del vasar en su sitio- ahora se sacaba uno a tirones nerviosos y miraba la pequeña puerta metálica salida de sus goznes hacía meses, apoyada contra los azulejos, un poco fruncido el entrecejo -...negar que no se puede estar en todo? - se arrancó el segundo guante con un solo tirón decidido -; y, en todo al mismo tiempo. ¡Qué barbaridad!

...sin intención todos abandonan cientos de veces la línea recta nada más por no chocar de frente con otro peatón. Y, si se pudieran fotografiar los fragmentos más olvidados de recuerdos, ahí...

-Ahí lleva desde el final del verano, ¿te acuerdas? - con una bayeta secaba las gotas caídas a sus pies - se cayó el mismo día que Zoa telefoneó que Teudis se había estrellado con el coche - desanudando con habilidad la lazada del delantal a su espalda -. Fue un golpe tremendo.

...estarían un estudiante con libros bajo el brazo, una niña con gorro de lana y borla roja desliando un caramelo de naranja, una señora abotonándose el tercero de los cinco botones de su abrigo de espiguilla gris.

Nadie va a referir con tanta minuciosidad. Sería enloquecedor. Pero muchos, muchísimos la vieron caminar absorta.

En cambio, ¿quién se enteró de que ella permaneció acurrucada, paralizada casi por el terror en aquellos peldaños de madera de la calle Monte Esquina?. Nadie subió o bajó mientras estuvo allí y si no era por entero descartable la posibilidad de que alguien la observara por una mirilla sí que resultaba muy poco probable.

O quizá no. Tal vez una anciana con toquilla entreabrió

una rendija - los viejos, aun los más sordos, oyen siempre ruidos que creyeron pensé que vedados al oído de un joven que oye crecer la hierba - o una criada que sacaba el perro volvió a cerrar sin haber mirado afuera recordando que necesitaba el monedero para el pan de la cena dos chapatas, poco doradas y fue mejor así porque no hubiera sabido cómo explicar a nadie que aquello de sentarse en el suelo que había hecho fue conmocionada por las palabras de aquel doctor que, desde el otro lado de la mesa de caoba, la miró con expresión indefinida porque nadie podría soportar llevarse un berrinche cada vez que lo que ha de decir es justamente una frase y no otra de las innumerables que se podrían construir a base nada más de combinaciones de sílabas que, si te pones a mi rar, tampoco son tantas.

Pero justo ésa.

¿Cuántas pequeñas concatenaciones no habían tenido que converger a lo largo de un tiempo imposible de medir y de incontables actos, premeditados unos y otros impensados, para que aquel señor de bigote entrecano no pudiera eludir - mi madre, podría tal vez aducir si se le preguntase no cesaba de insistir en Medicina; mi padre, Arquitectura. Había que decidir y, en fin, la vida y - y...a ella...

-A ella, a la madre, le dijeron que - colgaba el delantal de un clavo por dentro de la puerta de la despensa - había llegado vivo y que harían lo que pudieran pero, no era verdad - ahora cerraba la puerta con vuelta de llave, como si entre las cazuelas se guardara algo de valor - y cuando lo recogieron estaba muerto ya...anda, vete poniendo la tele, y subió la de abajo y dijo que si había sido la bombona del butano y le dije - empujaba ahora a su hermana por el hombro, con un punto de urgencia - ivamos, ponla!, voy a peinarme un poco...le dije que cómo había podido creer semejante disparate.

...precisamente a ella decirle y en la pared una acuar rela que no podría ella describir porque apenas se fijó y el bra

zo de su sillón algo, poco, gastado por el roce que la mirada de ella consideró por unos instantes increíblemente breves con reconcentrada obstinación?

-Mira - señaló la pantalla con su dedo torcido - te di je ponla pero tú tuviste que remolonear. Sabes de sobra que no le saco jugo ninguno si no veo desde la primera escena. Es que me pones negra. De verdad.

Y que no se enteraba ya de nada.

-Y que pero que y quién.

-Y que nadie. Creía.

-¡No me lo creo! - insistiría, rehusando, porque ni es aún media mañana ni lo que tenemos delante son rosquillas - ¿Tú sí?, ¿de verdad?; ¿que eso lo hace todo el mundo, así, tan naturalmente?. ¡Anda anda anda anda!...¡pues no es eso difícil ni nada!!. Vamos, a ver si lo he entendido, que tú ves a una señora, ahí, en la cola del super esperando a pagar, justo ahí delante de tí que le puedes oler el Poison o el Chanel y que la raiz le está pidiendo un tinte a gritos, con su quilo de acelgas y las naranjas y un cartón de leche descremada y tú sabes, tú sabes hacer eso tan pero tan difícil de ser capaz de no caer en la tentación de imaginarte su vida. Pues me dejas de una pieza hijita qué quieres que te diga.

"Yo, no.

"Pues claro que sólomente a ojo, ¿cómo podría ser?.

¡Ah, sí!...agarrándola por la manga y oiga, usted tiene un marido guaperas él, un poquito pendón y mire que no sé por qué; así co-
mo que con unas poquitas entradas, ¿verdad?...¡lo sabía, lo sabía,
lo sabía!...¿y una hija anorexica?..¡pero si es que está todo
cantado, hija, que querrá que yo le haga!

"Esque tienes unas cosas. Criaturita. De veras te lo digo...¡Pues claro que no digo ni pío!. Me espero modosa a que pague con su tarjeta visa y meta la compra con sus uñas pintadas -dos de la mano derecha desportilladas - dentro de la bolsa y

adiós. A ver si te has creído que estoy loca. Pero lo veo; no lo puedo demostrar pero lo veo.

"¿Y qué si me equivoco?. Tanto mejor: la niña comerá bien...Anda...que...¡que es que no te enteras, eh!. Me importa un cuerno que tenga un amante. ¿Qué tendrá eso que ver?. Pues ni que estuviera yo intentando acertar...Aunque, eso sí, mira, que si la conociera le diría del amante olvídense; póngase trágica si le tira lo romántico, dígame que es que no tiene madera de infiel o cualquier otro pretexto pero deshágase de él porque visto él marido está muy claro que esta chica a la hora de elegir hombres ojito tiene poco. Y, quédese sola.

"Le diría.

"Pero es nada más un juego; y yo lo juego aunque no lo quiera - que a veces no lo quiero - y sin querer.

"A bote pronto. Mira, sé latín.

"Pues, eso, a bote pronto: un perfil, un par de pies dentro de unos zapatos, un reloj en una muñeca - oye, ¡que qué relojes más horteras se llevan ahora!, ves la una y cuarto y te dan ganas de preguntar corriendo a un señor con corbata negra y maletín; yo, por lo menos, de esos juguetes de colorines no me fío pero que nada nada - o unas gafas de sol y ya empiezo yo a suponer qué miran hacia adentro esos ojos que no estoy viendo. ¿Quítese las gafas?, pues no y me tengo que aguantar.

"Pero a mí no me importa.

"Todo me sirve.

"Un grosso modo impresión general. Con las espaldas me pasa un montón. Yo digo que es una deformación profesional; como veo tantas.

"¡A veces me dan unos arranques!; pero me contengo, te podrás figurar.

"No, no lo sé. Ya lo sé. Pero es lo que yo leo. Y en la mollita esta de un poco así bajo la corva...sí, la pantorrilla, pues ahí como que mucho también. ¿Te imaginas ese cruzado de piernas escuchan

do a Schubert?...imposible de todo punto; hay anatomías que nada más encajan...pero para qué voy a poner ejemplos si cualquiera lo ve.

"Sí. Los gustos. Las aficiones. El entorno del que se rodean...no sé. Todo. Unas manos destrozadas, a lo mejor, y yo me digo no has fregado un plato en tu vida; sin saber por qué... o a usted le gustan los perros o...Bueno, que no sé.

"¿Por qué pasarán esas cosas?

"Lo que sí que tiene que ser difícil es que no se te venga a la cabeza nada. ¿De veras que no lo crees?. Alguien ahí, a dos pasos de tí...¿y de la superficie de su piel no pasas?, y si es de la piel para fuera: ¿nada de nada?. ¿Sí?...pues a mi no me parece que eso de ninguna de las maneras pueda ser... ¡Pero cielo santo si de lo que te estoy hablando es...piénsalo un poco y deja de mirar prensa del corazón!

"¡Esos son los únicos rasgos que te están transmitiendo una realidad...Aunque sea errónea...¡¡¡síííííííí!!!

"Describir a una persona. ¿Me quieres explicar qué es describir a alguien?. Unos ojos como los de. De alto más o menos como. ¿Te acuerdas del marido de?...pues parecidísimo pero un po_{co} más ancho de hombros y algo menos moreno: la barbilla de Robert Redfor, la nariz de Gary Cooper y las cejas de Bruce Willis. Y en esa transmisión de datos te puedes llevar media tarde y, al contorno de cadera, una bandeja de canapés para al remate pero bueno y cómo era.

"No. No me interesa lo que se dice nada.

"A mí lo que me engancha es lo otro. Mira tú por dónde. Por eso se me quedó aquí - con dos golpecitos en el entrecejo - y cuando cerré la puerta la fisgué.

"Ya sé que ella a mí me estaba a lo mejor odiando un poco. Pero eso siempre ocurre. Te pasa sólo con llevar una carrera en la media, ¿que a tí no?, pues a mí sí; la miro y me digo mira esa pánfila que qué falta le estará haciendo el llevar las

medias impecables con lo bien que me estarían viniendo a mí. O cuando se avería la tele y tú te piensas que el planeta entero no hace otra cosa que mirar la suya satisfechos de que tú, en cambio, no.

"Pues un poco lo mismo les pasa a ellas conmigo. Y es normal.

"Salen por el pasillo tiqui tiqui tiqui muy tiesas sobre sus tacones y diciendo mira ésta, ¡como a ella no le pasa nada! cuando qué saben si me pasa o no.

"¿Qué quieres?. Todos estamos condenados a ver a los otros en el papel que les toca representar para nosotros, en ese exacto instante en que su Creador pensó...bueno, también el nuestro...este preciso instante de tu vida se lo dedicarás a tal o tal éste o aquella que nunca ya te olvidará aunque no vuelva a pensarte jamás...y sin que podamos desvelar cuál es el que, lejos, están representando para otros...

"Y no hay más. Eso sí, que yo, muy profesional, adiós buenas tardes...porque no puedes ir soltando esos rollos a la gente...y cerré. Pero no me marché. Pegué el ojo a la mirilla. No sé. Ya te lo he dicho. Pequeños detalles que no sabría definir pero que me llaman la atención.

"La vi tan...no sé...desvalida, puede, pero con tanta ...yo que sé.

"Había sacado de su bolso todos esos objetos inútiles que llevamos todas pero que parece que nos dan seguridad. Lo iba colocando todo en filas cuidadosas, muy correctamente sentada y un hombre recostado contra la pared. La veía mover los labios pero no eran palabras; quizá tarareaba. Hojeó una agenda, se acarició la licra de las medias, se miró las uñas y, con el dedo índice, fue lentamente recorriendo el dibujo de hierro de la celosía del ascensor.

"Sé que esas cosas no deben hacerse, y de hecho no las hago, pero a veces me dan unas tentaciones de abrir la puerta!,

y de salir, y de sentarme ahí a su lado pasaba por aquí y tan sólo por si sin saber el porqué quiere, tiene el impulso de, no sé, decir...cualquier cosa que esté queriendo decir pero no a nadie de los que ella considere que su confidencia vaya a hacer los sufrir...

"Luego, de repente...ah...había desplegado un kleenex muy pausadamente y, con mucha pulcritud, vi cómo lo extendía lisito sobre sus rodillas y luego lo doblaba una vez, y otro doblez, y otro y...Luego, decía, y discúlpeme señores del jurado y auditorio que sea tan imprecisa, también de repente, de un barrido, lo echó todo en el bolso y se puso de pie casi de un brinco y salió corriendo escaleras abajo.

"Nunca la volví a ver".

Diría.

-No volvió a verlo nunca. Vivo, no.

Pero, ya digo, ni era media mañana ni teníamos rosquillas; así que no rehusó ni dijo nada de todo cuanto acaeció despues. Ni una palabra.

"Y ya no hubo forma de que se le quitara jamás de la cabeza - como no había llegado a tiempo a la primera escena de la película apartó sin interés la vista del televisor y se aplicó a la cháchara haciendo caso omiso de que su hermana, la morena, si parecía interesada en enterarse de qué se llevó el viento - que la culpa la había tenido ella. Y eso que yo le decía pero Clímene, criatura, ¿cómo podría estar siendo tuya la culpa? que eso no tiene sentido ninguno. Y ella que sí, que si no lo hubiera empujado tanto a salir, y hostigado, por el miedo a que fuera un muchacho siempre atemorizado, aquello no habría ocurrido nunca.

"Que le había dado demasiada libertad, decía, y yo le replicaba la libertad nunca puede hacer daño. ¿No es verdad?. Peor ser como fui yo siempre; absorbente a pesar de querer aplicar toda mi voluntad a no serlo y sobreprotectora, ¿se dice así?,

hasta extremos asfixiantes. Yo lo sé, nunca he pretendido engañarme".

-Cuando más se le agudizó característica tan intolerable fue cuando los niños eran pequeños, bueno...que como cuando apenas habían entrado en la adolescencia dejó de verlos, ya no sabe.

-No, no cuando eran pequeños del todo; no, no cuando todavía eran niños de pañales ni algo más tarde sin andar aún solos.

-No; en aquella época aún no se atormentaba porque al estar constantemente bajo su cuidado consideraba que no podría pasarles nada.

Porque eso también me ha pasado de toda la vida - y su hermana, resignada, baja un poco el volumen con la esperanza de poder atenderla sin perder el hilo -, y aunque pueda parecer una estupidez: tenía la sensación, continuamente, de que donde estuviera yo no podría suceder nada malo; pero en lo concerniente nada más al tema de los imprevistos, catástrofes naturales y cosas parecidas, en las situaciones donde no es una intención lo que puede acarrear la catástrofe. Si estaba yo mirándolos ya era seguro, me parecía a mí, que hicieran lo que hiciesen y por más trastadas que pudieran pergeñar, no se partirían la crisma...y llego más lejos: figúrate que, a mi parecer, claro, ni a ellos ni a nadie a quien yo quisiera proteger.

-Sí. A veces dice de sí misma "tengo por lo visto complejo de talismán".

-Eso sí, que - y no me digáis que no hay que tener mala suerte para pensar así -: como el malvado a considerar, en el caso de males causados de forma intencional, sea a ella personalmente a quien se le meta entre ceja y ceja herir o agredir o infligir cualquier índole de sufrimiento o daño no habrá nada en el mundo, en mi cabeza dice, ni nadie que pueda salvarla.

-Para las eventualidades de tipo cósmico, o telúrico

incluso como los terremotos, o averías mecánicas y hasta absur
dos accidentes domésticos la asiste un optimismo que ella llama
imbécil y que dice comprende sobrepasa los límites de lo racional.

Los aviones. Pongamos por caso los aviones: nunca me ha
dado miedo subirme a ellos y volar sobre el océano...y eso que
no sé nadar, tú lo sabes...porque estoy firmemente convencida de
que el avión en que yo viaje no tendrá accidente ninguno...vamos,
que nada más con mi presencia el pasaje y la tripulación completa
ya están gozando de garantía de invulnerabilidad. Y lo mismo en
trenes y barcos...y yo ahí tan sencilla leyendo, o mirando por
la ventanilla tan campante o dormitando, sin darme importancia
ninguna y sin pizca de vanidad ni de soberbia. Además, sólo me
doy cuenta de mis propiedades después, cuando ya hemos aterriza
do o al pisar el muelle, pero nunca en el momento...y en los co
ches todavía me dura un poco más el trance, como se tarda tanto
en encontrar dónde aparcar...- ahora empieza un descanso y mira
con interés la pantalla, justo cuando la otra se pone en pie pa
ra acudir al baño -...en coche me atrevo yo hasta con un novato
que se termina de sacar el carnet...¡con la tinta fresca! - al
zando la voz para que la otra pueda de lejos oír lo que ha escu
chado ya quinientas veces -, tan pancha y mirando el paisaje tan
ricamente como si estuviera en mi butaca - dieciseis válvulas, en
letras grandes bajo un modelo metalizado cinco puertas frenando
justo a punto de no irrumpir en el cuarto de estar - del cine
mirando un documental y no...- el tono de su voz va bajando a
medida que regresan los pasos -...no se me cruza por la frente
lo que se dice ni un mal pensamiento, desastroso, quiero decir...
¡si hubiera estado ahí con el hijo de Clímene!...Pero, con los
míos, ¿qué?; pues un desastre, tú tienes que saberlo, incluso
rumores me han llegado de que toda la familia lo comentabais...
¿Te acuerdas cuando el niño empezó a dar sus primeros pasos y a
campar un poquito por sus respetos? - Vivien Leigh era amonestad
a por una sirvienta negra que o se ponía un sombrero o se llenaa

ría de pecas -; pues entonces es cuando empecé a darme cuenta de que algo no funcionaba en mí como que muy bien, y no encuentro palabras para expresar hasta qué punto ya todo era niño que te vas a caer, criatura que te vas a desnucar y un no vivir a menos que siempre estuviera servidora ahí presente, vigilando con cien pares de ojos.

-Y cuando nació la niña no te digo ya nada.

-Ahí sí que ya fue el acabóse.

-Que mientras trataba de tranquilizarse pensando "con ésta aún tengo como año o año y pico de sosiego" la asaltaba la zozobra de qué estaría haciendo el otro.

Con lo temerarios que son los niños tan pequeños y lo aterradoramente fácil que es que a una silla se le desencole una pata justo cuando el chiquillo se está encaramando a ella y, al volcarse, se da el crío con la esquina del aparador en la sien y ya está muerto...ese es el primo ¿no? con el que no quiso casarse...¿o no eran primos y sí se casó nada más por quitárselo a su prima Olivia?...¿O ésta es Melania? como por culpa tuya no puedo enterarme ya de nada...

Y qué decir - suspira, sin que en las actas conste si su pesar obedece a la evocación de sus errores o la mucha paciencia que hay que tener cuando mira que te lo dije - de cuando llegó la hora de que tuvieran que ir al colegio; que se me figuraban los dedos huéspedes y en todas partes veía riesgos y amenazas...no mujer...murió en la guerra...y el autobús se quedaría sin frenos, que a veces pasa, y en el recreo se caerían de lo alto de un tobogán.

-O podría en la calle secuestrarlos un traficante de niños.

-Que también pasa.

Qué sé yo, en fin, cuantísimos disparates pudieron ocurrírseme para los que la única solución que veía era tenerlos de continuo bajo mi rigurosa tutela.

-Pero, al mismo tiempo

-a pesar de su desvarío

-se daba cuenta de que esa es una actitud terrible

-que las cosas no se pueden hacer así

-que con todo el amor del mundo

-¡amor!

-hoy se pregunta si tamaña tiranía puede denominarse amor y si el odio mas exacerbado alcanzará a ser tan destructivo si consideras que el odio nunca puede ampararse en "lo mejor para".

-¡El odio está indefenso, pobrecito!

-Contra el odio siempre pueden blandirse argumentos nobles...

-¿Alguien tiene un argumento noble?, que hoy siento no sé qué impulso de blandir...

-pero contra un amor abominable...

-Mira, yo siempre le he tenido al amor mucha inquina.

-...todo análisis parecerá poco o mucho cruel.

-poco, poco cruel; ¡destruyámosle!, ¡aniquilémosle!...

-Ésta, ¿ha bebido algo?

-Que con todo su amor estaba ahogándolos...

-A mí me parece que no.

-que, incluso, si bien era un pensamiento descontrolado del todo...

-Pues me están entrando ganas de estrangularla.

-...y que ella trataba de atajar tan pronto lo sorprendía...

-¡Pero no aquí; que va a terminar por no quedarnos sitio donde ir!

-Tranquila; una en su modestia tambien ataja.

-...deseaba, aun sin quererlo...

-Pero que conste que lo hago porque quiero.

-...que por siempre se quedaran niños...

-Sí, una especie de tarados y así poder...

-¿Y nadie le dijo que con los tarados no se puede?, porque ésta lo és, ¿y podemos con ella?

-Pero es que ésta no es ninguna niña.

-Si nos metemos en el terreno de las edades se nos va a ir el tema de las manos.

-...mantenerlos por siempre de su mano.

De mi mano en sentido literal, date cuenta, que en más de una ocasión, al regresar a casa...¿ha vuelto de la guerra?... llegaban, pobrecillos, con los dedos blancos y entumecidos de tan fuerte como los llevaba agarrados.

Creo que llegaron a detestarme - otra tanda de anunciós que ahora son detergentes y protesta qué asco cuántas guarrerías - y a preferir cualquier compañía y afectos antes que los míos, y que por eso tan pronto vieron oportunidad aprovecharon para, alegando que querían estudiar lo que ya se ocuparon bien ellos de indagar que no podía ser ni en nuestra ciudad ni en ninguna de las ciudades cercanas, marcharse y no regresar ya nunca...sí, me parece que es con el primo con quien se casa, luego lo matan en la guerra porque el protagonista tiene que ser Clark Gable; que el argumento hay que respetarlo...¿no la has visto ya diez o doce veces?...

Consintió luego en el trasplante, eso sí...unos órga nos tan en tan buen uso...pero nunca de buen grado. Siempre dijo que de forma indirecta y sin saber ni a quién, alguien, otra ma dre igual que ella deseó - aun sin quererlo, que decía, admito que sin quererlo porque el que busca una solución para sí no está capa- citado para pensar en nadie - la muerte de este otro hijo, el suyo, y que esto le dolería ya siempre; que siempre conservaría un fondo de rencor para quien se vio beneficiado a costa de su pérdida.

-Porque la cirugía habrá avanzado mucho...

-Tú tienes que saberlo, ¿cuantas llevas?

-...pero ha envenenado los sentimientos...

-Veinte menos que tú; ni más ni menos.

-...que por culpa del egoísmo...

-¡No fastidies, querida; todo el rato pensé que íbamos ganando!

-...ya no pueden ser limpios...

-No te alarmes, corazón, ¡cuarenta en bastos!

-...desapasionados.

-Eso ya está mejor; que menudo susto me habías dado.

-Que había dicho, dijo, y no te olvides de llevarte las croquetas.

"Que había dicho - eminencia, o señoría...y respetabilísimo jurado y concurrencia toda de esta sala -; y apretando el botón mañana será otro día bostezando porque tiene ya muchos años, es vieja, y los sentimientos parece que se asientan ¿o es que el tiempo nos va volviendo poco a poco insensibles?. Tiene sueño, tiene sueño dice porque no creyó ni una sola palabra de aquella teoría que contaron del negro...aunque por lo visto que no lo era tanto, vaya nadie a saber, y que café con leche...y si no es por Gregory Peck de qué se va a quedar ella hasta tan tarde. No. No se equivoca, que lo que el viento se llevó se lo llevó la semana pasada y la que hoy ha visto ha sido Mi desconfiada esposa (Designing Woman, en inglés, no sabe pronunciarlo pero ha leído los letreros, que ésta era V.O.S.).

"-Debo estar menopaúsica - dice -, y este hombre tan siempre en otra cosa, como que así tan ido...

"Ayer tarde mismo se lo dijo, bueno, se lo pensó decir, ¡pero si no alzaba la vista del periódico!

"¿O tus números o yo. Podía decirle?. Ridículo, ridículo total. Se dice.

"Y se pintó las uñas, y mudó de sitio el florero, el jarrón chino - lo compró en oportunidades de grandes almacenes pero no hay quien la apee de jarrón chino -, la pecera con un